

# Comprobación cruzada Cupido



CASSIDY BERG

# Comprobación cruzada Cupido

*Corazones helados*

Por Cassidy Berg

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres o personajes, empresas o lugares, sucesos o incidentes son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o sucesos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este eBook puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito del autor.

2024 Cassidy Berg  
Publicado por Entrada Publishing.

## ♡ Capítulo 1 ♡

El primer partido en casa del Boston Blizzard electriza el TD Garden. Los aficionados, vestidos de azul y blanco, llenan todos los asientos, con un entusiasmo palpable. Entre ellos, Chelsea Mitchell serpentea entre la multitud, chocando los cinco y sonriendo a sus compañeros. Sus ojos color avellana brillan de expectación mientras reclama su sitio habitual cerca del banquillo de los jugadores.

Sobre el hielo, un borrón de movimiento cautiva el estadio. Hunter Mitchell, el delantero estrella de los Blizzard y hermano pequeño de Chelsea, esquivo a los defensas sin esfuerzo. El reloj avanza y la tensión aumenta. A pocos segundos del final, Hunter recibe un pase perfecto, esquivo al último defensa y lanza un disparo fulminante. El disco entra por la escuadra de la portería cuando suena la bocina.

El estadio estalla. Chelsea se pone en pie de un salto, gritando hasta quedarse ronca mientras los compañeros de Hunter lo acosan. Su pecho se llena de orgullo al ver la sonrisa infantil de su hermano mientras lo pasean por la pista.

Después del partido, los vestuarios bullen de energía. Chelsea espera fuera, captando fragmentos de charla jubilosa. Cuando por fin se abren las puertas, desciende un enjambre de periodistas con los micrófonos en ristre. Hunter sale, aún ruborizado por el partido, su confianza flaquea visiblemente ante los flashes de las cámaras.

¡"Cazador"! ¡Qué partidazo! ¿Alguna inspiración especial para ese gol de la victoria?", grita un reportero.

"Eh, sólo... ya sabes, trabajo en equipo", murmura Hunter, con los ojos desorbitados.

Otro periodista insiste: "Se ha especulado sobre su vida amorosa. ¿Alguien especial te anima esta noche?"

Chelsea observa la nuez de Adán de su hermano mientras traga saliva. "Ahora mismo estoy centrado en el hockey", dice con la voz entrecortada.

La fiesta posterior al Legends Club debería haber sido el momento de Hunter para brillar fuera del hielo, pero el corazón de Chelsea se hunde mientras observa desde el otro lado de la sala. Su hermano se acerca a Sarah, la nueva y despampanante coordinadora de marketing del Blizzard. Chelsea le pide en silencio que canalice aunque sea una fracción de su carisma sobre el hielo.

"Hola Sarah", dice Hunter, pasándose una mano por el pelo despeinado. "Vaya partido esta noche, ¿eh?"

Sarah ofrece una sonrisa cortés. "Ha sido muy emocionante".

"Sí, yo..." Hunter hace un gesto entusiasta y le quita el vaso de la mano. El agua se esparce por el suelo. "¡Oh, shi-azúcar!", balbucea, con la cara enrojecida mientras busca frenéticamente

servilletas.

Chelsea apura su bebida y su decisión se consolida. Puede que su hermano sea un mago con el palo de hockey, pero necesita mucha ayuda en el terreno amoroso. Es hora de una intervención fraternal, le guste o no. Chelsea deja la copa en el suelo y empieza a formular un plan. Si Hunter no puede encontrar el amor por sí mismo, ella tendrá que echarle una mano a Cupido.

Chelsea se excusa de la entusiasta explicación del entrenador Shepherd de la jugada ganadora del partido. Se abre paso entre la multitud, entre el tintineo de las copas y el murmullo de las conversaciones. En la barra, capta fragmentos de la animada charla de dos mujeres.

"¿Has visto a Hunter Mitchell fallar en esa entrevista? Es como si se transformara en otra persona fuera del hielo", se ríe uno.

Su amiga asiente con entusiasmo. "Lo sé. Es adorable, ¿verdad? ¿Cómo es que sigue soltero?"

Chelsea agudiza el oído. Cruza la mirada por la habitación y ve a Hunter retirándose a un rincón tranquilo. Sus hombros están caídos, la derrota está grabada en sus rasgos. La visión le da un vuelco al corazón, despertando una idea.

Chelsea saca su teléfono y sus dedos vuelan por la pantalla. Las aplicaciones de citas pueblan sus resultados de búsqueda. Ella se desplaza, un plan de cristalización con cada golpe. Puede que su hermano no sepa ligar, pero con el perfil adecuado...

"¡Ryan!" Chelsea grita, viendo al compañero de equipo de Hunter cortejando cerca del buffet. "¿Tienes un segundo?"

Ryan O'Connor se excusa de sus admiradores y se une a Chelsea con una mirada inquisitiva. "¿Qué pasa, Chels?"

Ella se inclina, voz baja. "Necesito tu ayuda. Estamos haciendo a Hunter un perfil de citas".

Ryan enarca las cejas. "Whoa, bombea los frenos. ¿Sabe algo de esto?"

"No exactamente", admite Chelsea. "Pero vamos, le has visto intentar hablar con mujeres. Necesita nuestra ayuda".

Ryan duda. "No sé..."

"Tengo dos entradas de palco VIP para el partido de la semana que viene. A tu sobrino le encantarían, ¿verdad?"

Una lenta sonrisa se dibuja en el rostro de Ryan. "Peleas sucio, Mitchell. De acuerdo, me apunto".

Se retiran a un rincón apartado, con la cabeza inclinada sobre el teléfono de Chelsea. Busca "Hockey Hearts", una aplicación que promete conectar a los amantes del deporte.

"Vale, ¿te gusta?" incita Chelsea.

Ryan se lo piensa un momento. "¿Además del hockey? El rock clásico, la lasaña de su madre, y no le digas que te he contado esto, pero está secretamente obsesionado con esas cursis películas navideñas de Hallmark".

Chelsea resopla, los dedos vuelan mientras teclea. "Perfecto. Esto va a funcionar. Tiene que funcionar".

Chelsea examina su teléfono, con el pulgar sobre innumerables fotos de Hunter. Las fotos de acción de los partidos se mezclan con las instantáneas de las reuniones familiares. Se detiene en una imagen de la barbacoa del equipo del verano pasado. Hunter echa la cabeza hacia atrás riendo, con los hoyuelos al aire y los ojos arrugados. Es perfecta: muestra su encanto relajado fuera del hielo.

"Esa es", murmura, subiéndola al perfil.

La energía de la fiesta decae. Chelsea guarda su teléfono en el bolsillo mientras Hunter se acerca, con la corbata aflojada y el pelo ligeramente despeinado.

"Gracias por venir, Chels", le dice, envolviéndola en un abrazo de oso.

Ella le devuelve el abrazo, con la culpa y la emoción luchando en su pecho. "No me lo perdería, hermanito".

Más tarde, en su apartamento, Chelsea se acurruca en el sofá con el teléfono en la mano. Da los últimos retoques al perfil de Hunter y sus dedos vuelan por la pantalla.

"Le encantan los largos paseos con perros de rescate y sabe hacer un buen pastel de manzana", escribe sonriendo. Todo es cierto, aunque Hunter se moriría antes de admitir públicamente lo de la repostería.

El botón "Activar perfil" brilla tentadoramente. El dedo de Chelsea se detiene, con un momento de duda. ¿Se está pasando de la raya? Niega con la cabeza, su determinación se endurece. Hunter necesita este empujón. Con un toque decisivo, el perfil se activa.

Chelsea se hunde en las almohadas, agarrando el teléfono. La pantalla se ilumina con un flujo constante de notificaciones de Hockey Hearts. Mientras duerme, se imagina a una mujer sin rostro que le da las gracias en la boda de Hunter y se deshace en elogios hacia su pareja perfecta. Una sonrisa de satisfacción se dibuja en los labios de Chelsea mientras se duerme, satisfecha con su papel de Cupido.

## ♡ Capítulo 2 ♡

Chelsea Mitchell entra a zancadas en la Pista de Hielo Comunitaria de Boston, sus tacones chasquean contra el suelo de goma. El frío familiar del aire le hace sentir un escalofrío de emoción. Agarra con fuerza su portapapeles y observa la escena. Un mar de jugadores de hockey en miniatura inunda la entrada, con sus enormes camisetas Blizzard colgando cómicamente de sus pequeños hombros. Sus ojos brillan con un indisimulado culto a los héroes mientras estiran el cuello con la esperanza de echar un vistazo a sus ídolos.

"¡Bien, Equipo Azul a la izquierda; Equipo Blanco a la derecha!" grita Chelsea, y su voz se oye entre la algarabía de los niños. Dirige a un grupo de voluntarios, cada uno con una camiseta a juego de "Blizzard Buddies", para que ayuden a acorralar a los entusiastas niños. El caos organizado va tomando forma poco a poco bajo su dirección.

Cuando Chelsea se gira para comprobar la mesa de equipamiento, un destello de color desconocido llama su atención. En medio del mar azul y blanco de Blizzard, una figura solitaria con una chaqueta de los New York Nordics se desliza grácilmente por el hielo. La presencia del hombre atrae los susurros curiosos de padres y voluntarios por igual. Chelsea entrecierra los ojos y reconoce el paso seguro y la mandíbula cincelada de Liam Eriksson, el capitán estrella de los Nordics.

"¿Qué demonios?", dice en voz baja, con el ceño fruncido por la confusión.

Antes de que Chelsea pueda seguir investigando, una voz familiar se interpone en el barullo. "¡Chel!" grita Hunter, patinando hacia ella con expresión perpleja. Se detiene junto a las tablas y salpica una ligera capa de hielo. "¿Qué hace Eriksson aquí? Esto es un evento de Blizzard, ¿no?".

Chelsea comparte una mirada de desconcierto con su hermano. "Tu suposición es tan buena como la mía", admite. "Pero no te preocupes, llegaré al fondo de esto. Concéntrate en no decepcionar a tu club de fans, ¿vale?". Señala al grupo de niños con ojos de estrella que observan su interacción.

Hunter asiente, aunque sus ojos no dejan de mirar a Liam. "De acuerdo, mantenme informado", dice antes de salir patinando a saludar a sus jóvenes admiradores.

Respirando hondo, Chelsea se alisa la blusa y cruza la pista. Se acerca a Liam con profesionalidad y le tiende la mano. "Chelsea Mitchell, coordinadora de eventos", se presenta, esperando que su voz no traicione su curiosidad. "Creo que hoy no esperábamos ninguna representación nórdica".

Liam se gira y sus penetrantes ojos azules se cruzan con los de ella. Una sonrisa desarmante se dibuja en su rostro mientras le estrecha la mano con firmeza. "Liam Eriksson", responde, con un ligero acento sueco en la voz. "Espero no interrumpir la fiesta. Estoy aquí como parte de un nuevo programa de extensión comunitaria entre equipos. Pensé en sorprender a todos".

Mientras Liam le explica, Chelsea se distrae momentáneamente con el calor de su mano y la

seriedad de su expresión. Se reprime a sí misma, reprendiendo en silencio el inesperado aleteo en su pecho. Se recuerda a sí misma que este hombre es el rival de Hunter. Aún así, se siente intrigada por este acontecimiento inesperado.

Chelsea y Liam se compenetran a la perfección mientras discuten el itinerario del día. Su conversación fluye con naturalidad, el distanciamiento profesional da paso a bromas divertidas.

"Debo decir que estoy impresionado con la participación", comenta Liam, señalando las caras jóvenes y ansiosas que les rodean. "Aunque no puedo evitar pensar cuánto mejor sería con un poco de azul nórdico en la mezcla".

Chelsea enarca una ceja. "¿Ah, sí? ¿Y supongo que también crees que tu media de goles es mejor?".

Los ojos de Liam centellean con picardía. "Bueno, si hablamos de estadísticas..."

"Ni empieces", dice Chelsea con una carcajada, sorprendiéndose a sí misma por lo genuina que suena. "Me parece recordar cierta racha ganadora que podría desafiar esos números".

El enfrentamiento verbal continúa y ninguno de los dos está dispuesto a ceder. Chelsea disfruta más de lo que le gustaría admitir. Un pinchazo en la nuca interrumpe su intercambio. Al mirar a Hunter, su expresión es una mezcla de confusión y desaprobación.

"Debería volver a ello", dice Chelsea, repentinamente nerviosa. "Esos niños no se organizan solos".

Cuando se dispone a separar a los niños en grupos, Hunter la intercepta. "Cuidado, Chels", susurra, mirando a Liam. "Fraternizar con el enemigo nunca acaba bien".

Chelsea pone los ojos en blanco, ignorando su preocupación. Sin embargo, a medida que avanza el curso, se da cuenta de que le roba miradas a Liam. Se desliza por el hielo con gracia y sin esfuerzo, demostrando las técnicas de manejo del stick a los jóvenes con los ojos muy abiertos. Su paciencia parece infinita, se arrodilla a la altura de los ojos de los patinadores más pequeños y les da ánimos en cada intento.

"Basta", se dice Chelsea, sacudiendo la cabeza para despejar los pensamientos que la distraen. Se concentra en su portapapeles y vuelve a comprobar el horario con una intensidad innecesaria.

Durante una pausa para beber, Chelsea siente una presencia a su lado. Levanta la vista y encuentra a Liam, con las mejillas sonrojadas por el esfuerzo y una cálida sonrisa en el rostro.

"Tengo que reconocerlo", dice, dando un trago a su botella de agua. "Este evento está increíblemente bien organizado. Los chicos se lo están pasando en grande".

Chelsea siente una oleada de orgullo. "Gracias. Es una labor de amor, de verdad. Estas clínicas pueden marcar una gran diferencia en la comunidad".

Su conversación se profundiza, yendo más allá de las rivalidades de hockey. Chelsea se entera de

la participación de Liam en programas de ayuda a la juventud en Nueva York, mientras que ella comparte su pasión por las organizaciones benéficas locales. Descubren que comparten la creencia en el poder del deporte para transformar vidas.

"Es refrescante conocer a alguien que se esfuerza tanto por devolver algo", dice Liam, y su mirada se detiene en la de ella más tiempo del necesario.

Chelsea siente un calor que le recorre el pecho y que no tiene nada que ver con el esfuerzo del día. Le sorprende la facilidad con la que conectan, cómo sus pasiones comunes salvan las distancias entre equipos rivales. Mientras siguen hablando, el resto de la pista parece desvanecerse, dejándoles solos en su pequeño mundo de ideales compartidos y comprensión inesperada.

Al otro lado de la pista, la estruendosa voz del entrenador Marcus Shepherd corta el alegre caos. "¡Cazador! ¿Podemos hablar?" El entrenador le hace señas con su rostro curtido y marcado por la intensidad. Hunter se acerca patinando, con curiosidad evidente en su postura.

Chelsea observa a los dos hombres acurrucados, con una conversación animada. Las manos del entrenador Shepherd cortan el aire, marcando la estrategia que está esbozando. Hunter asiente, con el ceño fruncido por la concentración. Ambos lanzan miradas furtivas hacia Liam, con una expresión entre cautelosa y calculadora.

Una punzada de culpabilidad se retuerce en el estómago de Chelsea. Debería estar centrada en Hunter, en apoyar su carrera y encontrarle la felicidad fuera del hielo. En lugar de eso, se distrae con un jugador rival de sonrisa encantadora y pasión compartida por el trabajo comunitario.

La clínica empieza a apagarse y los padres llegan para recoger a sus hijos. El teléfono de Chelsea zumba insistentemente en su bolsillo. Lo saca y abre los ojos ante la avalancha de notificaciones de Hockey Hearts. Echa un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie la está mirando y busca rápidamente los mensajes que responden al perfil de Hunter. Una sonrisa se dibuja en su rostro al leer las entusiastas respuestas.

"Esto es perfecto", murmura, imaginando ya posibles parejas para su hermano.

"¿Necesitas que te eche una mano con la limpieza?" La voz de Liam la sobresalta. Tantea con su teléfono y casi lo deja caer en su prisa por ocultar la pantalla.

"¡Oh! Um, claro", Chelsea se las arregla, esperando que sus mejillas no estén tan sonrojadas como se sienten. "Eso sería genial, gracias".

Trabajan en silencio, recogiendo discos perdidos y conos caídos. Cuando cogen la misma pieza del equipo, sus manos se rozan. Una descarga eléctrica sube por el brazo de Chelsea y la pilla completamente desprevenida. Retrocede bruscamente y casi pierde el equilibrio sobre el hielo resbaladizo.

"¡Lo siento!" Chelsea suelta, estabilizándose. "No quería... quiero decir, gracias por tu ayuda".

La expresión de Liam es ilegible, una mezcla de sorpresa y algo más que Chelsea no puede

descifrar. "No te preocupes", dice en voz baja. "Encantado de echar una mano".

Una vez terminada la limpieza, Chelsea observa cómo Liam sale de la pista. Él se gira a la salida y le hace un último gesto con la mano que ella le devuelve casi por reflejo. Un torbellino de emociones se agita en su pecho: atracción, confusión y un persistente sentimiento de culpa.

Su mirada se desvía hacia Hunter, que sigue inmerso en una discusión estratégica con el entrenador Shepherd. La visión de su hermano, tan concentrado y dedicado, le recuerda con crudeza la misión que se ha impuesto a sí misma. Chelsea respira hondo y endereza los hombros.

"Concéntrate, Chelsea", se susurra a sí misma. "Hunter te necesita. Encuéntrale a alguien que le haga tan feliz como él en el hielo".

Con renovada determinación, Chelsea aparta de su mente los pensamientos sobre los penetrantes ojos azules y el encanto fácil de Liam. Tiene un trabajo que hacer y un hermano al que mantener. Sea lo que sea la extraña atracción que siente por Liam, no tiene cabida en sus planes.

Mientras recoge sus cosas para marcharse, Chelsea no puede ignorar el calor persistente del lugar donde la mano de Liam tocó la suya. Sacude la cabeza, deseando que la sensación desaparezca. Hay trabajo por hacer, y Chelsea Mitchell no es de las que dejan que un poco de química inesperada descarrile sus objetivos, por muy intrigante que sea esa química.

### ♡ Capítulo 3 ♡

El suave resplandor de la luz de las velas parpadea sobre los manteles blancos de Bella Luna. Los dedos de Chelsea Mitchell bailan nerviosos sobre el borde de una servilleta de lino, sus ojos se desvían entre el reloj ornamentado de la pared y la entrada del restaurante. Siete minutos. Siete minutos para que se ponga en marcha su plan cuidadosamente orquestado.

Se alisa una arruga imaginaria de la blusa, hiperconsciente de su papel de titiritera invisible en este romántico empeño. El maître la mira y le guiña un ojo. Ha sido informado de la situación, otro involuntario participante en el plan de Chelsea para encontrar pareja.

La puerta se abre, una ráfaga de aire fresco precede la entrada de Hunter. Chelsea se queda sin aliento. Su hermano luce una figura llamativa con un traje azul abotonado que acentúa su complexión atlética y resalta el color cerúleo de sus ojos. Está muy lejos de su atuendo habitual de camisetas arrugadas y vaqueros desgastados.

"Por aquí, señor Mitchell", entona el maître, guiando a Hunter hasta la mesa cuidadosamente seleccionada.

Chelsea se agacha detrás de un menú de gran tamaño, con el corazón palpitante. Se asoma por encima y observa a Hunter jugueteando con los cubiertos. Su pierna rebota bajo la mesa, un signo revelador de nerviosismo que solo una hermana reconocería.

La puerta se abre de nuevo. Entra Emma Collins, con el pelo castaño cayendo en suaves ondas por encima de los hombros. La luz de las velas capta sus reflejos, creando un efecto de halo que incluso Chelsea tiene que admitir que es encantador. Contiene la respiración cuando Emma se acerca a la mesa.

Hunter se levanta, como el caballero que su madre le enseñó a ser. "Hola, tú debes de ser Emma", dice, su voz se oye en el silencioso restaurante. "Soy Hunter".

Chelsea escruta el rostro de su hermano, buscando una chispa, un indicio de atracción inmediata. Su sonrisa es cortés, incluso acogedora, pero carece de la calidez que ella esperaba ver. Aún así, es pronto. Hay tiempo para que surja la química.

"Encantada de conocerte, Hunter", responde Emma, deslizándose en su asiento. "Tengo que admitir que estaba un poco nerviosa por una cita a ciegas, pero tu perfil era intrigante".

Hunter frunce ligeramente el ceño. "¿Mi perfil?"

Chelsea da un respingo. Se había olvidado de informarle de ese detalle. Buscando a tientas su teléfono, envía un mensaje rápido: "¡Pregúntale por su trabajo!"

Observa cómo la mano de Hunter desaparece bajo la mesa, presumiblemente comprobando el mensaje. Él se aclara la garganta. "Entonces, Emma, ¿a qué te dedicas?"

Emma se lanza a describir su papel como profesora de guardería. Chelsea asiente con la cabeza.

Una maestra podría ser perfecta: alguien cariñosa, paciente, con una carrera separada del mundo de alta presión de los deportes profesionales.

A medida que avanza la conversación, Chelsea siente una punzada de decepción. El intercambio es educado, incluso amistoso, pero carece de la chispa que ella había imaginado. Hunter se ríe de las bromas de Emma, pero no le llega a los ojos. Emma escucha atentamente las historias de hockey de Hunter, pero su mirada se desvía de vez en cuando hacia los otros comensales.

Los dedos de Chelsea se ciernen sobre su teléfono, tentada de enviar otro mensaje incitador. Vacila al darse cuenta de las limitaciones de su influencia. La química no se puede fabricar, por muy perfecto que parezca el candidato sobre el papel.

Cuando el camarero se acerca a tomarles nota, Chelsea se hunde en su asiento. Aún no ha llegado el primer plato y ya está repasando mentalmente otras posibles parejas en el perfil de citas de Hunter. Suspira, resignada al hecho de que encontrar la pareja perfecta para su hermano puede ser más difícil de lo que esperaba.

"De vuelta a la mesa de dibujo", murmura. Va a ser una larga noche de observación encubierta y Chelsea está decidida a llevarla hasta el amargo final o, tal vez, hasta un inesperado giro de la fortuna romántica.

El camarero se acerca a la mesa de Hunter y Emma con el bloc de notas preparado. Chelsea se inclina imperceptiblemente hacia delante, tratando de captar su conversación por encima de la suave música italiana que llena el restaurante.

"Y de postre", dice Hunter, con un toque de confianza en su voz, "recomiendo el tiramisú. He oído que es una especialidad de la casa".

Chelsea se permite una pequeña sacudida de puño bajo la mesa. Al menos una de sus sugerencias ha echado raíces. A Emma se le iluminan los ojos cuando menciona el postre, y Chelsea toma nota mentalmente: golosa, posible idea para un futuro regalo.

Cuando llegan los platos principales, la conversación da un giro. Las manos de Emma comienzan a gesticular animadamente, su voz se eleva con entusiasmo cuando relata un reciente proyecto de arte con su clase de preescolar.

"Tendrías que haber visto sus caras cuando sacamos las pinturas de dedos", se alegra Emma. "El pequeño Timmy creó esta obra de arte abstracta... al menos, creo que era abstracta. Puede que fuera un dinosaurio".

Hunter se inclina hacia él, asintiendo a intervalos apropiados. Para el observador casual, parece completamente comprometido. Pero Chelsea conoce a su hermano. Percibe la casi imperceptible tensión en sus hombros, la forma en que sus dedos tamborilean a un ritmo silencioso contra su vaso de agua. Es la misma mirada que pone durante las tediosas entrevistas posteriores a los partidos.

El teléfono de Chelsea vibra contra la mesa. Echa un vistazo y ve un mensaje de Ryan O'Connor:

"¿Informe de estado de la Operación Cupido? ¿Nuestro chico ya ha perdido la jugada?"

Se muerde el labio con los dedos sobre el teclado. Tras dudar un momento, teclea:

"Hasta ahora, todo bien. No nos han pitado penaltis. Puede que no sea un hat trick, pero seguimos en el partido".

No es exactamente una mentira, racionaliza. La cita no es un desastre. Sólo le falta un poco de chispa.

Emma se excusa para ir al baño y Chelsea aprovecha la oportunidad. Sus pulgares vuelan por la pantalla de su teléfono:

"¡Cuéntale lo del lavado de coches benéfico! Aquel en el que el peluquín del entrenador Shepherd se voló con el viento. Hazlo ligero, ¡hazla reír!"

Observa cómo Hunter mira su teléfono y frunce ligeramente el ceño ante la avalancha de mensajes. Él echa un vistazo sospechoso al restaurante y Chelsea se agacha detrás de su menú, con el corazón latiéndole con fuerza.

Cuando Emma regresa, Hunter se aclara la garganta. "Así que, hablando de situaciones complicadas con niños", empieza, con una forzada informalidad en su tono, "¿te he contado lo del lavado de coches benéfico de nuestro equipo el mes pasado?".

Chelsea contiene la respiración, deseando en silencio que su hermano cuente la anécdota. Lleva años enseñándole a relacionarse con las mujeres fuera del hielo, pero, de algún modo, toda la confianza que desprende durante los partidos se evapora en situaciones sociales.

Mientras Hunter avanza a tientas por la historia, mirando de vez en cuando su teléfono en busca de indicaciones, Chelsea no puede evitar sentir una punzada de culpabilidad. ¿Está ayudando o sólo haciendo las cosas más incómodas? Emma se ríe amablemente del chiste, pero le falta la genuina alegría que Chelsea esperaba.

La noche se extiende ante ella, una mezcla de intromisiones bienintencionadas e intentos cada vez más desesperados de encender una llama romántica. Chelsea se acomoda, decidida a llegar hasta el final. Después de todo, la pareja perfecta para Hunter tiene que estar por ahí.

¿Y si esta cita no funciona? Bueno, siempre está el siguiente perfil en Hockey Hearts.

La velada llega a su fin y Chelsea se anima al ver que Hunter y Emma intercambian sus teléfonos. El corazón se le acelera de anticipación mientras golpean sus pantallas, presumiblemente guardando los números del otro. Una sonrisa de triunfo se dibuja en su rostro. Ha sido un éxito.

Una hora más tarde, Chelsea está tumbada en el sofá en un cómodo pijama, reviviendo la victoria de la noche. Un golpe seco en la puerta la saca de su ensueño. La abre y se encuentra a Hunter, todavía con la ropa de la cita, pero con los hombros caídos por el cansancio.

"Hola, hermanito", dice, con preocupación en su voz. "¿Todo bien?"

Hunter entra a trompicones y se deja caer en su mullido sillón con un gran suspiro. "¿Tienes algo de ese chocolate caliente que siempre haces?"

Minutos después, se sientan frente a frente, con tazas humeantes en la mano. Los malvaviscos se derriten lentamente, reflejando el desvanecido optimismo de Chelsea mientras Hunter habla.

"Emma es agradable", empieza, mirando fijamente su taza. "Realmente agradable, en realidad. Es sólo que..." Se interrumpe, buscando palabras.

Chelsea se inclina hacia delante. "¿Sólo qué?"

Hunter la mira a los ojos, con una sonrisa de pesar en la cara. "No había nada, Chels. Ni chispa, ni conexión. Todo fue agradable pero olvidable".

Las palabras golpean a Chelsea como un body check en el hielo. Intenta disimular su decepción, pero Hunter la conoce demasiado bien.

"Oye, no parezcas tan abatido", le dice, tendiéndole la mano para apretársela. "Te agradezco lo que intentas hacer. De verdad".

Cuando Hunter se marcha, Chelsea permanece inmóvil durante un largo rato. Luego, con repentina determinación, coge su portátil. El resplandor de la pantalla ilumina su rostro mientras se conecta a Hockey Hearts y recorre perfil tras perfil.

"Hay alguien ahí fuera para ti, Hunter", dice en voz baja, los ojos escaneando cada posible pareja con enfoque láser. "Y voy a encontrarla aunque me lleve toda la noche".

El reloj marca la medianoche, luego la una, luego las dos. Los dedos de Chelsea vuelan por el teclado, redactando mensajes, modificando el perfil de Hunter. Le pesan los ojos, pero su determinación no flaquea. En la tranquilidad de su apartamento, iluminada únicamente por la luz azul de su pantalla, Chelsea Mitchell se convierte en un ejército de casamenteras, impulsada por el amor fraternal y una determinación obstinada.

## ♡ Capítulo 4 ♡

El rugido del público envuelve a Chelsea cuando entra en el Madison Square Garden. El emblemático estadio vibra con la expectación, un mar de azul nórdico que ahoga los focos dispersos de blanco ventisca. Chelsea tira de su bufanda de Boston, sintiéndose como un copo de nieve en medio de una ventisca.

"¡Vamos nórdicos!" El cántico se eleva, un muro de sonido que acelera el corazón de Chelsea. Esto es territorio enemigo, pero la electricidad en el aire es innegable.

Mientras serpentea por la abarrotada explanada, le llama la atención un grupo de aficionados entusiasmados. En el centro se encuentra Liam Eriksson, capitán nórdico y estrella inesperada de sus recientes pensamientos. Su sonrisa es magnética y atrae a la gente mientras firma camisetas y posa para hacerse selfies. Chelsea se acerca, atraída por una fuerza inexplicable.

"Me alegro de verte por aquí", dice, sorprendiéndose a sí misma con su atrevimiento. "¿Disfrutando de la ventaja de jugar en casa?"

Liam levanta la cabeza y sus ojos parpadean de reconocimiento. Su sonrisa se ensancha y se vuelve traviesa. "Vaya, pero si es nuestro hinch favorito de Blizzard. ¿Vienes a ver cómo continúa la racha de derrotas de tu equipo?"

La réplica vuela fácilmente entre ellos, un encuentro verbal tan natural como respirar. Chelsea abre la boca para replicar, pero una vocecita se interpone en sus bromas.

"¡Sr. Eriksson! ¿Es verdad que su hermana es olímpica?"

Chelsea observa cómo se suaviza la expresión de Liam, que se arrodilla a la altura del joven aficionado. "Así es", dice, con un orgullo evidente en su voz. "Sophia Eriksson, medalla de plata olímpica en esquí alpino".

La revelación golpea a Chelsea como un golpe inesperado. Ella había imaginado a Liam como un atleta engreído, todo fanfarronería y nada de sustancia. Pero la delicadeza con la que se relaciona con la niña, el evidente amor que siente por su hermana... pintan un cuadro más complejo.

"No sabía que tuvieras una hermana", dice Chelsea, realmente intrigada.

Liam levanta la vista, algo ilegible parpadea en sus ojos. "Hay muchas cosas que no sabes de mí, Chelsea Mitchell".

El uso de su nombre completo le produce un inesperado escalofrío. Cuando sus miradas se cruzan, el rugido de la arena se desvanece. Por un momento, sólo son ellos: rivales, sí, pero también algo más. Algo indefinido y lleno de potencial.

El hechizo se rompe cuando suena un anuncio sobre la compra de boletos para una rifa benéfica. Chelsea parpadea, consciente de repente de lo cerca que está de Liam.

La multitud comienza a disminuir a medida que los aficionados se dirigen a por comida y bebida antes del partido, la emoción del inminente partido los aleja. Chelsea y Liam, sin embargo, no se mueven del sitio y sus bromas se convierten en algo más sustancial.

"Entonces", comienza Liam, suavizando su voz, "¿qué trae a la hermana del jugador estrella de Boston hasta territorio enemigo?".

Chelsea se encoge de hombros, con una pequeña sonrisa en los labios. "Alguien tiene que vigilarlos, nórdicos. Asegurarse de que no estéis tramando nada raro".

Liam se ríe, con un sonido cálido y genuino. "Y yo que pensaba que nos estarías animando en secreto".

Sus miradas se cruzan, una chispa de comprensión pasa entre ellos. La fachada de rivalidad se desvanece, sustituida por auténtica curiosidad.

"Vamos", dice Liam, señalando con la cabeza un rincón más tranquilo de la explanada. "Hablemos en un lugar donde no nos pisoteen los fanáticos demasiado entusiastas".

Se trasladan a un lugar apartado, apoyados contra la pared. El rugido de la multitud se convierte en un zumbido lejano, creando una burbuja de intimidad a su alrededor.

"Así que una hermana esquiadora olímpica", reflexiona Chelsea. "Eso debe ser interesante".

La expresión de Liam se suaviza. "Tiene sus retos. Las comparaciones constantes, la presión de estar a la altura de las expectativas familiares. Estoy seguro de que lo entiendes, con Hunter en el punto de mira".

Chelsea asiente, sorprendida por la facilidad con la que se siente identificada. "Es un tipo único de relación entre hermanos, ¿verdad? Estar tan orgulloso de ellos, pero también sentir esa necesidad constante de forjar tu propia identidad".

"Exactamente", coincide Liam, con los ojos iluminados por la comprensión compartida. "Hubo una vez, en la primera gran competición de esquí de Sophia...".

Se lanza a contar la historia de una Sophia adolescente, nerviosa antes de su gran carrera, y cómo el intento de Liam de calmar sus nervios con una pelea de bolas de nieve de "buena suerte" acabó con ambos cayendo por la pendiente de entrenamiento. Chelsea se ríe de verdad y sin reservas.

"Oh, Dios", jadea entre risitas, "eso me recuerda a la primera vez de Hunter sobre hielo de verdad. Estaba tan confiado, pavoneándose como si fuera el dueño de la pista. Dos segundos más tarde, ¡pum! de espaldas, con las extremidades agitándose como una tortuga".

La risa de Liam se une a la suya, y el sonido resuena en su pequeño rincón. Chelsea se sorprende de lo natural que resulta compartir historias y risas con alguien que, a todas luces, debería ser un rival.

A medida que la alegría disminuye, la conversación cambia a temas más serios. Chelsea menciona su trabajo como coordinadora de eventos comunitarios para la ventisca, y los ojos de Liam se iluminan con interés.

"Es fantástico", dice, inclinándose ligeramente. "Siempre he creído que los equipos deportivos tienen la responsabilidad de devolver algo a sus comunidades".

Chelsea asiente con entusiasmo. "Por supuesto. De hecho, llevo tiempo dándole vueltas a una idea...". Vacila, preguntándose si debería compartir sus pensamientos con el capitán de un equipo rival.

Liam levanta una ceja, animándola a continuar. "Continúa, estoy intrigado".

Respirando hondo, Chelsea se lanza al ataque. "¿Y si hacemos un acto benéfico conjunto? El Blizzard y los nórdicos juntos por una buena causa. Podría ser enorme: partidos de exhibición, competencias de habilidad, encuentros con los aficionados. Todo lo recaudado iría a programas deportivos juveniles en ambas ciudades".

A medida que habla, el entusiasmo de Chelsea crece. Gesticula animadamente, sus ojos brillan de pasión. Liam la observa y una lenta sonrisa se dibuja en su rostro.

"Eso es realmente brillante", dice él cuando ella termina. "Romper las barreras de la rivalidad, mostrar a los aficionados que el hockey es algo más que ganar partidos. Me encanta".

Chelsea sonríe, sintiendo una ráfaga de validación. "¿De verdad lo crees? ¿No es demasiado ambicioso?"

"En absoluto", le asegura Liam. Saca su teléfono, con una mirada decidida. "Deberíamos intercambiar los números. Definitivamente es algo que tenemos que planear más a fondo".

El corazón de Chelsea da un vuelco cuando coge el teléfono que Liam le ofrece. Sus dedos tiemblan ligeramente cuando introduce su información de contacto. Cuando se lo devuelve, sus dedos se rozan, provocándole una descarga eléctrica.

Liam sonríe mientras teclea su número en el teléfono de Chelsea. "Ya está. Ahora podemos planear nuestra extravagancia benéfica 'rivalos unidos' cuando queramos".

Están tan absortos en su conversación que el timbre del teléfono de ella los sobresalta a los dos. Ella mira la hora y abre los ojos. "¿De verdad ha pasado una hora?"

Liam parece igualmente sorprendido. "El tiempo vuela cuando estás tramando revolucionar los eventos benéficos de hockey, supongo".

Se ríen, pero hay un trasfondo de algo más. Una conexión que ninguno de los dos esperaba. Liam cambia de peso, parece inusualmente nervioso.

"Escucha, Chelsea", empieza, pasándose una mano por el pelo. "Estaba pensando que tal vez podríamos comer algo alguna vez... Para seguir hablando del evento, claro".

A Chelsea le da un vuelco el estómago. ¿La está invitando a salir? ¿Se trata sólo de una idea benéfica? De repente, las líneas parecen borrosas.

"Suenan muy bien", se oye decir, apartando el parpadeo de culpabilidad de su pecho. "Para la planificación de la caridad, definitivamente".

La sonrisa de Liam se ilumina. "Perfecto. Te mando un mensaje y podemos organizar algo".

Cuando se separan, Chelsea se siente flotar. Se dirige a su asiento aturdida, sin apenas darse cuenta del entusiasmo de los fans que la rodean.

Los equipos irrumpen en el hielo en un aluvión de colores y vítores. Chelsea ve pasar a Hunter, con su número familiar. Le saluda con la mano, pero su hermano está totalmente concentrado en el partido.

Entonces aparece Liam, dirigiendo a los nórdicos con pasos seguros. Chelsea lo observa, impresionada por la elegante potencia de sus movimientos. Liam se gira, observa a la multitud y, durante un breve instante, sus miradas se cruzan. Liam le guiña un ojo, un gesto apenas perceptible que acelera el corazón de Chelsea.

Cuando comienza el himno nacional, Chelsea se levanta con sentimientos encontrados. A un lado del hielo está Hunter, su querido hermano, la razón por la que está aquí. Por el otro está Liam, una conexión inesperada que le hace cuestionarse todo lo que creía saber sobre la lealtad a un equipo.

El partido está a punto de empezar, pero Chelsea se distrae. Piensa en cafés y actos benéficos, en risas compartidas y en la chispa de algo nuevo. Cuando los jugadores toman posiciones, Chelsea se da cuenta de que está entrando en territorio desconocido. Por primera vez en su vida, no está segura de qué equipo quiere que gane.

El disco cae y, con él, Chelsea siente que las cómodas certezas de su vida empiezan a cambiar. Pase lo que pase esta noche en el hielo, tiene la sensación de que el verdadero partido, uno con mucho más en juego, acaba de empezar.

## ♡ Capítulo 5 ♡

El teléfono de Chelsea vibra contra su escritorio, la pantalla se ilumina con un nuevo mensaje. Su corazón da un vuelco cuando el nombre de Liam Eriksson aparece en la parte superior.

"¿Cómo está tu equipo después del entrenamiento de ayer? ¿Listo para admitir la derrota?"

Una sonrisa se dibuja en sus labios mientras responde, con cuidado de mantener las cosas ligeras e imprecisas. "En tus sueños, Eriksson. La Ventisca está en plena forma. Será mejor que los nórdicos tengáis cuidado".

Deja el teléfono en el suelo e intenta concentrarse en la tarea que tiene entre manos. La pantalla de su portátil brilla con un mar de caras sonrientes: posibles parejas para Hunter en Hockey Hearts. Chelsea suspira y se desplaza perfil tras perfil. Ninguno de ellos parece adecuado para su hermano.

Otro zumbido de su teléfono. Otro mensaje de Liam.

"Hablando de sueños, tenía uno sobre nuestra idea del evento benéfico. Imagínatelo: una competición de habilidades en la que los aficionados desafíen a los profesionales. Piensa en la venta de entradas".

Los dedos de Chelsea revolotean sobre el teclado, divididos entre el entusiasmo por la idea y un punzante sentimiento de culpa. No debería elaborar estrategias con el enemigo, ¿verdad? Pero es por caridad, racionaliza. No es como si estuviera revelando secretos del equipo.

Días después, Chelsea se encuentra navegando por las calles de Hartford, Connecticut. El Cozy Corner Café aparece a la vista, un lugar pequeño y encantador con ladrillos cubiertos de hiedra y luces de hadas parpadeantes en las ventanas. Terreno neutral, habían acordado. A medio camino entre Boston y Nueva York.

Respira hondo y abre la puerta de un empujón. Su mirada recorre la habitación nerviosa, con el corazón palpitante. Entonces lo ve.

Liam está sentado en un reservado al fondo, sus ojos azul nórdico se iluminan cuando se cruzan con los de ella. Se levanta cuando ella se acerca y, de repente, están cara a cara, con el aire entre ellos cargado de expectación.

"Chelsea", dice cariñosamente, tirando de ella en un abrazo.

Se funde en el abrazo, sorprendida por lo natural que resulta. Permanecen allí demasiado tiempo, con los cuerpos apretados de una forma que le produce escalofríos. Cuando por fin se separan, Chelsea se queda sin aliento.

"Hola", dice, deslizándose en la cabina frente a él. "Gracias por venir".

Liam sonríe, esa sonrisa arrogante que ella tanto teme como espera. "No me lo perdería. Aunque

tengo que decir que todo este secretismo me hace sentir como si estuviéramos planeando un atraco en lugar de un acto benéfico".

Chelsea se ríe, y parte de la tensión se disipa. "Bueno, en cierto modo estamos robando a los ricos para dárselo a los pobres. Sólo que con menos flechas y más palos de hockey".

Mientras se acomodan, con los menús en la mano pero los ojos fijos el uno en el otro, Chelsea no puede evitar la sensación de que ha cruzado alguna línea invisible. Ya no se trata sólo de hockey o de caridad. Hay un trasfondo, una atracción hacia Liam que la emociona y la aterroriza a la vez.

La camarera se acerca, rompiendo el momento. Mientras Chelsea pide su té, se pregunta en silencio en qué se ha metido. Una cosa es segura: esta "rivalidad" ha adquirido un significado totalmente nuevo.

El vapor se eleva de sus tazas, curvándose entre ellos como una manifestación tangible de la conexión que se hace más fuerte a cada momento que pasa. Chelsea rodea su taza con las manos, saboreando su calor mientras Liam se inclina hacia ella, con los ojos brillantes de interés.

"Cuéntame", empieza, "¿cómo fue crecer teniendo por hermano a una futura estrella de la NHL?".

Chelsea se ríe y le vienen recuerdos a la cabeza. "¿Por dónde empiezo? Nuestra pobre madre, siempre tapando agujeros en las paredes por los discos perdidos. Y no me hagas hablar del olor de la ropa de hockey de Hunter que apestaba toda la casa".

Liam se ríe, un sonido intenso que hace estremecer el pecho de Chelsea. "Me identifico. Las botas de esquí de Sophia eran como una guerra química".

Intercambian historias, cada anécdota entre risas. Chelsea cuenta el primer hat trick de Hunter, cómo insistió en llevar el sombrero a la escuela durante una semana seguida. Liam responde con historias sobre el riguroso régimen de entrenamiento de Sophia, cómo convertía el patio de su casa en una pista de slalom improvisada cada invierno.

"No siempre fue fácil", admite Chelsea, su voz se suaviza. "Ver crecer la estrella de Hunter, sentir que siempre estaba a su sombra".

Liam asiente, con la comprensión grabada en sus facciones. "Lo entiendo. Cuando Sophia ganó su primera medalla olímpica, me sentí muy orgulloso, pero había una pequeña parte de mí que se sentía abandonada, supongo".

Sus miradas se cruzan en un momento de perfecta comprensión. Chelsea siente un calor en el pecho que no tiene nada que ver con el té.

El momento se ve interrumpido por el estridente timbre del teléfono de Chelsea. Su corazón se hunde al ver el nombre de Hunter en la pantalla.

"Lo siento mucho", le dice a Liam. "Tengo que contestar. Es Hunter".

Sale, el aire frío contrasta con la calidez del café y la presencia de Liam. Se oye la voz de Hunter, abatido y frustrado.

"Chels, no lo entiendo. Otra cita, otro desastre. ¿Estoy destinada a estar sola para siempre?"

A Chelsea se le revuelve el estómago de culpa. Aquí está, disfrutando de una bebida caliente con el enemigo, mientras que su hermano lucha con la misma cosa con la que se supone que le está ayudando.

"Claro que no, Hunt", tranquiliza ella, tratando de inyectar confianza en su voz. "Estas cosas llevan su tiempo. La persona adecuada está ahí fuera, te lo prometo".

Tras unos minutos más de consuelo y palabras de ánimo, Chelsea termina la llamada. Respira hondo y se arma de valor antes de volver a entrar.

Se detiene en el mostrador, sorprendida al ver dos generosas porciones de tarta de manzana con corteza dorada entre sus tazas. Liam levanta la vista y esboza una sonrisa tímida.

"Espero que no te importe", dice. "La camarera dijo que era su especialidad, y bueno... ¿a quién no le gusta la tarta?"

La consideración del gesto pill a Chelsea desprevenida. Vuelve a sentarse, con un torbellino de emociones agitándose en su interior.

"Gracias", se las arregla, recogiendo su tenedor. "Se ve delicioso".

Mientras degustan el postre caliente y perfumado con canela, su conversación vuelve a fluir con facilidad. Chelsea se ríe de la imitación que hace Liam de un comentarista deportivo estirado y olvida momentáneamente su culpa y sus sentimientos encontrados.

Al alcanzar su taza, la mano de Chelsea roza accidentalmente la de Liam. El contacto le produce una sacudida eléctrica por todo el cuerpo. Retrocede instintivamente y su codo golpea el borde de la taza. El té salpica la mesa y por poco no cae sobre sus regazos.

"¡Oh Dios, lo siento mucho!" exclama Chelsea, agarrando servilletas en un intento frenético de limpiar el derrame.

Mientras Chelsea y Liam luchan por contener el derrame de té, sus frenéticos movimientos se ralentizan. Sus miradas se cruzan ante el desorden de servilletas empapadas y, de repente, ambos se dan cuenta de lo absurdo de la situación. A Chelsea se le escapa una carcajada, seguida rápidamente por la risa profunda de Liam.

"Bueno", dice Liam, con los ojos centelleantes, "supongo que los fans de Blizzard realmente no sabéis manejar vuestros líquidos, ¿eh?"

Chelsea jadea fingiendo ofenderse. "¿Perdona? Que sepas que esto ha sido claramente un acto de sabotaje nórdico".

Sus risas van en aumento y atraen las miradas curiosas de los clientes cercanos. A medida que la risa disminuye, Chelsea siente que la tensión anterior se disipa y es sustituida por una cálida sensación de camaradería.

Con la mesa limpia y las bebidas recién servidas, la conversación deriva naturalmente hacia el deporte que los unió.

"Vale, sé sincero", Chelsea se inclina conspiradoramente. "¿Qué te pareció el gol por la escuadra que marcó Marchand la semana pasada?"

A Liam se le iluminan los ojos. "¡Absolutamente asqueroso! ¿La forma en que se deshizo del defensa? Puro arte".

Hablan de hockey, analizan las jugadas y debaten las ventajas de las distintas estrategias. Chelsea gesticula animadamente, utilizando paquetes de azúcar para demostrar su posición. Liam responde con sus propias teorías, dibujando formaciones en una servilleta.

Durante una hora, no son Blizzard y Nordic, no son rivales y enemigos. Sólo son dos aficionados apasionados, deleitándose con el deporte que aman.

La luz de la tarde empieza a desvanecerse, la hora dorada proyecta un cálido resplandor a través de las ventanas del café. Chelsea echa un vistazo a su reloj, sorprendida de ver cuánto tiempo ha pasado.

"Probablemente debería irme", dice de mala gana, recogiendo sus cosas.

Liam asiente con la cabeza, un destello de decepción cruza su rostro. "Sí, yo también. Un largo viaje de vuelta a Nueva York".

Se dirigen al aparcamiento y sus pasos se ralentizan a medida que se acercan a los coches. Ninguno de los dos parece ansioso por terminar la tarde.

"Así que", dice Liam, balanceándose sobre sus talones. "Esto fue..."

"Bonito", termina Chelsea, sonriendo. "Realmente bonito".

Se quedan allí de pie, con el aire entre ellos cargado de posibilidades tácitas. Chelsea se encuentra estudiando el rostro de Liam, memorizando cada detalle: la pequeña cicatriz que tiene sobre la ceja izquierda, la forma en que arruga los ojos cuando sonríe.

"Deberíamos repetirlo", dice Liam en voz baja. "Para hablar del acto benéfico, por supuesto".

Chelsea asiente, con el corazón acelerado. "Por supuesto. Por la caridad".

Pasa otro momento, cargado de cosas sin decir. Finalmente, con una última mirada, se separan.

Mientras Chelsea se incorpora a la autopista de regreso a Boston, su mente es un torbellino. Las imágenes de la sonrisa de Liam compiten con los recuerdos de la voz abatida de Hunter al

teléfono. La culpa y la emoción luchan en su interior, pero ninguna de las dos se impone.

Agarra el volante con fuerza y su determinación se cristaliza. Este asunto con Liam, sea lo que sea, no puede ir más lejos. Tiene que centrarse en Hunter, en encontrarle la felicidad que se merece.

"Vale, Chelsea", murmura para sí misma. "Es hora de intensificar tu juego de emparejamiento".

A medida que pasan los kilómetros, Chelsea empieza a formular un nuevo plan. Renovará el perfil de citas de Hunter, organizará citas más cuidadosamente seleccionadas. Será la hermana de apoyo que él necesita, dejando de lado sus propios sentimientos confusos.

Pero incluso cuando se hace estas promesas a sí misma, una pequeña parte de ella espera con impaciencia el próximo mensaje de Liam, la próxima chispa de conexión que se siente peligrosamente cerca de algo más que una amistad.

## ♡ Capítulo 6 ♡

El agudo chasquido de un palo de hockey contra el disco resuena en el TD Garden. Hunter Mitchell, delantero estrella de los Boston Blizzard, corre por el hielo, zigzagueando entre sus compañeros con práctica facilidad. La portería se vislumbra delante, indefensa durante este ejercicio. Hunter se prepara para el disparo, en perfecta forma.

El disco sale disparado y no entra en la portería por un par de metros.

Un silbido estridente atraviesa el aire. El hielo, que hace unos instantes bullía con el roce de los patines y los gritos entre los jugadores, se queda en un silencio espeluznante. Todos los ojos se vuelven hacia Hunter, que se queda inmóvil, mirando fijamente el lugar donde debería haber caído su disparo.

La voz del entrenador Marcus Shepherd retumba en la pista. "¡Mitchell! ¿Qué demonios ha sido eso?"

Los compañeros de Hunter intercambian miradas incómodas. No es la primera vez que su estrella falla un tiro fácil en los últimos entrenamientos.

En el vestuario, el ambiente es tenso. Los jugadores se retiran rápidamente, dejando a Hunter a solas con el entrenador Shepherd. El rostro curtido del hombre mayor está marcado por la preocupación mientras aparta a Hunter.

"Hijo, ¿qué te pasa?" La voz del entrenador Shepherd es grave, una mezcla de preocupación y frustración. "Es el tercer tiro fácil que fallas esta semana. Tu cabeza no está en el juego".

Hunter evita la mirada penetrante de su entrenador, encontrando súbito interés en los cordones de sus patines. "No es nada, entrenador. Sólo un mal día. No volverá a ocurrir".

El entrenador Shepherd frunce el ceño. Conoce a Hunter lo suficiente como para reconocer una mentira cuando la oye. "Hunter, si algo te distrae..."

"¡He dicho que no es nada!" Hunter suelta un chasquido, arrepintiéndose inmediatamente de su tono. Respira hondo. "Lo siento, entrenador. Lo haré mejor. Lo prometo".

En las gradas, Chelsea Mitchell se estremece al ver a su hermano esforzarse en otro ejercicio. El resto del equipo fluye sin problemas a su alrededor, pero Hunter parece un poco rezagado, su gracia habitual en el hielo notablemente ausente.

Su teléfono zumba insistentemente. El nombre de Liam parpadea en la pantalla, acompañado de una serie de emojis relacionados con el hockey. A Chelsea se le revuelve el estómago de culpa cuando borra la notificación. No puede lidiar con sus sentimientos encontrados hacia Liam en este momento. Su hermano la necesita.

Cuando termina el entrenamiento, Chelsea se dirige a la pista. Hunter la ve, su cara es una máscara de frustración y algo más, ¿miedo? Se acerca patinando y se detiene frente a ella con un

chorro de hielo.

"Chels", dice, con voz baja y tensa. "¿Podemos hablar? ¿En privado?"

El corazón de Chelsea se hunde ante la preocupación que se dibuja en el rostro de su hermano. No se trata sólo de unas malas prácticas. Algo va realmente mal.

"Por supuesto", dice ella, extendiendo la mano para apretarle el brazo tranquilizadamente. "¿De Mel?"

Hunter mira a su alrededor, como si temiera ser escuchado. "Claro. Nos vemos allí en una hora".

Mientras Hunter se dirige a los vestuarios con los hombros caídos por el desánimo, Chelsea siente que la invade una oleada de protección. Sea lo que sea lo que le preocupa a su hermano, está decidida a solucionarlo. Tiene que hacerlo.

Chelsea se dirige a la salida, con la mente acelerada. ¿Qué puede estar preocupando tanto a Hunter que esté afectando a su juego? ¿Es la presión de ser la estrella del equipo? ¿O algo más personal?

Cuando llega al coche, su teléfono vuelve a sonar. Otro mensaje de Liam. Chelsea vacila con el dedo sobre la pantalla. Con un suspiro, silencia el teléfono y lo mete en el bolso. Ahora mismo, Hunter es su prioridad. Todo lo demás -incluidos sus complicados sentimientos por cierto capitán nórdico- tendrá que esperar.

El letrero de neón de Mel's Diner proyecta un suave resplandor sobre Hunter y Chelsea cuando se deslizan en su mesa habitual. Los asientos de vinilo chirrían bajo ellos, un sonido tan familiar como el menú descolorido que hace tiempo que han memorizado.

Hunter mira fijamente su té sin tocar, su reflejo distorsionado en el líquido. Chelsea espera, dando a su hermano el espacio necesario para encontrar sus palabras.

"Me estoy volviendo loco, Chels", dice finalmente Hunter, con la voz apenas por encima de un susurro. "Mi juego, mi concentración... todo se me está escapando".

Chelsea se inclina, con la preocupación marcando sus rasgos. "¿Qué quieres decir? ¿Es la presión del entrenador Shepherd?"

Hunter sacude la cabeza y se pasa una mano por el pelo revuelto. "No es sólo eso. Son todas esas citas, ¿sabes? La presión constante por encontrar a alguien, por tener una vida personal a la altura de mi éxito profesional. Me siento como si me tiraran en un millón de direcciones".

Las palabras golpean a Chelsea como un body check en el hielo. La culpa se le revuelve en el estómago, sabiendo que ella es en parte responsable de este desfile de citas que agota a su hermano.

"Pensé que quería esto", continúa Hunter, ajeno a la agitación interior de Chelsea. "Encontrar a alguien especial. Pero ahora, está afectando a mi juego. Y el hockey es todo lo que he conocido,

Chels. ¿Y si lo estoy echando todo a perder?".

Chelsea abre la boca, con la verdad en la punta de la lengua. Podría confesar ahora, explicar su intromisión bienintencionada, tal vez incluso compartir su propia situación complicada con Liam. Las palabras se forman en su mente: "Hunter, tengo que decirte algo".

Pero cuando mira a su hermano, sus hombros caídos, las ojeras, la confesión se le queda en la garganta. ¿Cómo puede añadirle más carga ahora?

En lugar de eso, cruza la mesa y aprieta la mano de Hunter. "Oye, escúchame. No estás arruinando nada. Eres humano, eso es todo. Es natural sentirse abrumado a veces".

Hunter levanta la vista, con un rayo de esperanza en los ojos. Chelsea sigue adelante, haciendo a un lado su sentimiento de culpa. "Tal vez necesites dejar de salir con chicos durante un tiempo. Céntrate en tu juego, en lo que te hace feliz sobre el hielo. La persona adecuada llegará cuando sea el momento".

"¿Tú crees?" Hunter pregunta, su voz pequeña.

Chelsea asiente, forzando una sonrisa tranquilizadora. "Lo sé. Y oye, siempre estoy aquí si necesitas hablar, ¿vale? Lo resolveremos juntos".

Cuando salen de la cafetería, Hunter abraza fuertemente a Chelsea. "Gracias, hermanita. No sé qué haría sin ti".

Las palabras, destinadas a consolar, sólo intensifican la culpa de Chelsea.

De vuelta en su apartamento, Chelsea camina inquieta. La conversación con Hunter se repite en su mente. Debería haberle dicho la verdad. Debería haber confesado todo: el perfil de citas, las reuniones secretas con Liam, todo.

Su teléfono suena y el nombre de Liam ilumina la pantalla. Otra oleada de emociones contradictorias la invade. Se siente atraída por Liam, excitada por su creciente conexión. Pero, ¿a qué precio?

Chelsea se desploma en el sofá, con la cabeza entre las manos. Está atrapada en una red creada por ella misma, dividida entre su lealtad a Hunter y sus sentimientos por Liam. El plan de emparejamiento que parecía tan inofensivo, tan bienintencionado, se ha convertido en algo que apenas puede controlar.

"¿Qué he hecho?", susurra a la habitación vacía.

Su teléfono vuelve a sonar, insistente. Chelsea lo mira fijamente, el mensaje de Liam esperando a ser leído, la cara preocupada de Hunter fresca en su mente. Sabe que tiene que tomar una decisión, elegir un camino a seguir. Pero a medida que la noche se hace más profunda a su alrededor, Chelsea permanece congelada, atrapada entre el hermano que ama y el hombre que inesperadamente ha capturado su corazón.

Los dedos de Chelsea se ciernen sobre la pantalla de su teléfono, con una larga confesión escrita en un brillante texto azul. La lee por encima, con el corazón latiéndole con fuerza:

"Hunter, necesito decirte algo. Créé un perfil de citas para ti. He estado organizando estas citas. Y hay más..."

Su pulgar se posa sobre "Enviar", temblando ligeramente. El peso de la verdad la presiona, instándola a confesar. Pero entonces el rostro abatido de Hunter resuena en su mente, con el eco de su voz preocupada: "El hockey es todo lo que he conocido, Chels".

Con un gemido frustrado, Chelsea borra el mensaje. La verdad puede esperar. Ahora mismo, Hunter necesita estabilidad, no más complicaciones.

Al día siguiente, Chelsea se encuentra de nuevo en el TD Garden, con el frío familiar de la pista haciendo poco por enfriar sus agitados pensamientos. Observa atentamente cómo los Blizzard salen al hielo para entrenar.

Hunter sale patinando, con la mandíbula firme y decidida. Chelsea puede ver el esfuerzo grabado en cada línea de su cuerpo mientras se obliga a concentrarse. Pero a medida que avanzan los ejercicios, queda claro que la fuerza de voluntad no es suficiente.

Los pases de Hunter son demasiado lentos y sus tiros carecen de la precisión habitual. El ceño del entrenador Shepherd se frunce con cada error, y su portapapeles cruje bajo su apretada mano.

La tensión aumenta, claramente perceptible desde el lugar que Chelsea ocupa en las gradas. Puede verlo en las miradas de preocupación que intercambian los compañeros de Hunter, en la forma en que Ryan O'Connor se acerca, dispuesto a ofrecer su apoyo.

De repente, la presa se rompe. Tras fallar otro tiro, Hunter lanza un rugido de frustración. Se gira y golpea su palo contra las tablas con un sonoro crujido. El sonido resuena por todo el estadio, haciendo que todo el mundo se estremezca.

Por un momento, todo está en calma. Hunter está de pie, respirando con dificultad, con el stick colgando de sus dedos flácidos. El equipo observa, inseguro, cómo el entrenador Shepherd cruza el hielo.

A Chelsea le duele el corazón por su hermano. Esto es más que un bajón; es una crisis de confianza. Y sabe, con una certeza enfermiza, que ella tiene parte de culpa.

Cuando termina el entrenamiento, Chelsea se dirige a la pista. Hunter sale de los vestuarios, con el pelo aún húmedo de la ducha y con aspecto agotado.

"Hola", dice Chelsea suavemente, poniéndose a su lado. "¿Un día duro?"

Hunter suelta una risita sin gracia. "Podría decirse que sí".

Chelsea respira hondo y se le ocurre una idea. "Escucha, ¿por qué no vienes esta noche? Podríamos pedir algo, ver viejas cintas de partidos. Recordar por qué te enamoraste del hockey

en primer lugar".

Por primera vez ese día, una sonrisa genuina se dibuja en los labios de Hunter. "¿Sí? ¿Como solíamos hacer cuando éramos niños?".

Chelsea asiente, aliviada de ver una chispa del antiguo Cazador. "Exacto. Incluso te dejaré acaparar todas las palomitas".

Mientras caminan hacia el aparcamiento, la mente de Chelsea se acelera. Esta noche no se trata sólo de reavivar la pasión de Hunter por el juego. Es su oportunidad de empezar a hacer las cosas bien, de ser la hermana que Hunter necesita sin la red de mentiras y secretos.

Mira su teléfono y ve otro mensaje de Liam sin leer. Con una punzada de arrepentimiento, silencia el aparato. Esta noche se trata de Hunter. Todo lo demás -su culpa, sus sentimientos confusos, el lío que ha creado- puede esperar.

"Voy a arreglar esto", jura Chelsea en silencio mientras llegan a sus coches. "Cueste lo que cueste, te ayudaré a recuperar tu juego, Hunt. Y luego encontraré la manera de decirte la verdad".

## ♡ Capítulo 7 ♡

Suena el pitido final en el TD Garden, casi ahogado por el atronador rugido del público. Chelsea se pone en pie de un salto, arrastrada por la ola de júbilo mientras los jugadores del Blizzard se arremolinan sobre el hielo. El rostro radiante de Hunter aparece en la pantalla gigante, sus recientes problemas olvidados momentáneamente en el resplandor de la victoria.

Pero mientras Chelsea anima, sus ojos observan a los abatidos jugadores nórdicos. Divisa a Liam, con los hombros caídos mientras patina hacia el banquillo. Las emociones en conflicto la golpean como una fuerza física: el orgullo por el equipo de su hermano en guerra con un dolor inesperado por la decepción de Liam.

Cuando los aficionados empiezan a salir, Chelsea empuja a contracorriente. Su corazón late con fuerza, no por la emoción del partido, sino por otro tipo de anticipación. A través del mar de camisetas azules y blancas, vislumbra el uniforme nórdico de Liam que desaparece por un pasillo de servicio.

Chelsea duda, sabe que debería ir a felicitar a Hunter. Pero un hilo invisible parece tirar de ella hacia ese pasillo apartado. Con una última mirada para asegurarse de que no la observan, Chelsea se desliza por la puerta.

El estruendo de la arena se desvanece, sustituido por el zumbido de la iluminación industrial y el eco lejano de las tuberías. Las pisadas de Chelsea parecen anormalmente ruidosas sobre el suelo de cemento a medida que se adentra en el pasillo.

"¿Liam?", llama suavemente, con voz vacilante.

Una sombra se mueve en el otro extremo del pasillo. Liam se vuelve y su expresión cambia al reconocerla. La frustración grabada en sus rasgos se suaviza, sustituida por una mezcla de sorpresa y algo que Chelsea no puede nombrar.

"Chelsea", respira, dando un paso hacia ella. "¿Qué estás haciendo aquí?"

Abre la boca y se da cuenta de que no tiene una buena respuesta. ¿Por qué está aquí, buscando al rival de su hermano en un rincón oculto de la arena?

"Quería asegurarme de que estabas bien", se las arregla, las palabras suenan endebles incluso a sus propios oídos.

Los labios de Liam esbozan una sonrisa triste. "¿Investigar al enemigo después de una derrota? Eso se acerca peligrosamente a fraternizar, Mitchell".

El uso de su apellido, normalmente juguetón, tiene ahora un peso. Chelsea es muy consciente de sus camisetas: la de ella, Blizzard; la de él, Nordic. Están a pocos metros de distancia, pero el abismo que separa a sus equipos es enorme.

"Fue un buen partido", dice Chelsea con desgana, sabiendo lo vacío que debe sonar.

Liam se pasa una mano por el pelo empapado de sudor, un gesto que Chelsea ha llegado a reconocer como un signo de su agitación interior. "Sí, lo fue", admite. "Tu hermano estaba que ardía esta noche".

La mención de Hunter hace que Chelsea se sienta culpable. Ahora debería estar con él, celebrándolo. En cambio, está aquí, atraída por el hombre que representa todo lo que ella no debería querer.

El aire entre ellos se siente cargado, cargado de palabras no dichas y deseos reprimidos. Chelsea da un paso inconsciente hacia delante, su cuerpo traiciona la cautela de su mente.

"Liam, yo..."

El sonido lejano de un portazo resuena en el pasillo, haciendo que ambos se sobresalten. La realidad se impone de nuevo. Están en territorio enemigo y corren el riesgo de ser descubiertos a cada segundo que pasa.

"Deberías irte", dice Liam, con voz grave y urgente. "Si alguien nos ve..."

Chelsea asiente, sabiendo que tiene razón. Pero sus pies no se mueven del sitio, no quieren alejarla de él.

Los ojos de Liam buscan su rostro, una tormenta de emociones se arremolina en sus profundidades azules. Por un instante, Chelsea piensa que podría acortar la distancia que los separa.

En lugar de eso, da un paso atrás y su máscara profesional vuelve a su sitio. "Enhorabuena por la victoria, Chelsea", dice formalmente. "Dile a tu hermano que juegue bien de mi parte".

Las palabras cuelgan en el aire, cargadas de todo lo que queda por decir. Chelsea se obliga a darse la vuelta, a alejarse antes de cometer una imprudencia. Pero a cada paso, siente el impulso de mirar atrás, de correr hacia Liam, de tirar la cautela al viento.

Mientras se dirige hacia el ruidoso y abarrotado estadio, la mente de Chelsea se tambalea. La línea que separa la rivalidad de la atracción se ha difuminado hasta hacerse irreconocible. Y mientras los sonidos de la celebración la inundan, un pensamiento resuena con fuerza en su mente:

Esto no puede seguir así. Algo tiene que ceder. Se vuelve para mirar atrás por última vez y casi choca con Liam.

La tensión entre ellos se rompe como una goma elástica demasiado estirada. Sus manos, aún frías por el hielo, acarician el rostro de Chelsea con sorprendente delicadeza. Por un instante, el tiempo parece detenerse mientras sus miradas se cruzan y una pregunta silenciosa pasa entre ellos.

Entonces, los labios de Liam se posan sobre los suyos y el mundo que los rodea se desvanece. El

beso es todo lo que Chelsea ha intentado negarse a sí misma: apasionado, urgente, una liberación de meses de anhelo reprimido. Sus manos aprietan la tela de la camiseta de Liam, atrayéndolo más cerca, incluso cuando una parte de ella grita que esto no está bien.

Los dedos de Liam se enredan en su pelo, inclinando su cabeza para profundizar el beso. Chelsea responde con el mismo fervor, dejándose llevar por la sensación. El frío del pasillo desaparece y es reemplazado por un calor que se extiende desde su interior hasta la punta de sus dedos.

Un anuncio lejano procedente de la arena penetra en su burbuja, un crudo recordatorio del mundo que hay más allá de este pasillo oculto. Se separan, ambos jadeando. Chelsea abre mucho los ojos y siente un cosquilleo en los labios cuando siente todo el peso de lo que han hecho.

Liam parece igual de aturdido, con su pelo, normalmente perfectamente peinado, despeinado por los dedos de Chelsea. Por un momento, ninguno de los dos habla, el único sonido de su respiración entrecortada resuena en el pasillo.

"Chelsea", dice finalmente Liam, con la voz áspera por la emoción. "Yo... Dios, hace tanto tiempo que quiero hacerlo. Sé que es complicado, con nuestros equipos, con tu hermano, pero ya no puedo negar lo que siento por ti".

El corazón de Chelsea se acelera, con una mezcla de euforia y culpa que se agita en su interior. "Liam, yo...", comienza, luchando por encontrar las palabras adecuadas. "Yo también lo siento. Esta conexión entre nosotros no se parece a nada que haya experimentado antes".

Incluso mientras habla, le vienen imágenes a la mente: la cara de frustración de Hunter en el entrenamiento, la traición que sabe que sentiría si se enterara. Sin embargo, no puede arrepentirse del beso ni desear que desaparezca el calor del contacto de Liam.

"Pero no se trata sólo de nosotros, ¿verdad?". dice Liam en voz baja, expresando los pensamientos que Chelsea no se atreve a decir.

Chelsea niega con la cabeza, sintiendo que se le saltan las lágrimas. "No, no lo es. Hay tanto en juego, tanta gente que podría salir herida".

Liam extiende la mano y le coloca suavemente un mechón de pelo detrás de la oreja. El tierno gesto casi acaba con la determinación de Chelsea.

"¿Qué hacemos ahora?", pregunta él, sus ojos buscan en los de ella respuestas que ninguno de los dos tiene.

Antes de que Chelsea pueda responder, el sonido de voces que se acercan se filtra por el pasillo. La realidad se entromete una vez más, dura e implacable.

"Liam, ¿qué estamos haciendo?", susurra, con la voz teñida de pánico. "Si alguien se entera..."

Liam asiente, con expresión sombría. "Lo sé. La rivalidad entre los equipos bastaría por sí sola para provocar el caos. Pero tu hermano...". Se interrumpe, incapaz de terminar la frase.

"Hunter nunca me perdonaría", dice Chelsea, las palabras le saben amargas en la boca. "Y los medios de comunicación. Dios, ¿te imaginas los titulares? 'Hermana de estrella de Blizzard en romance secreto con capitán nórdico'".

Liam hace un gesto de dolor. "Sería un frenesí alimentario. Todo por lo que hemos trabajado, nuestras carreras, nuestras reputaciones..."

Chelsea se apoya en la fría pared de hormigón y se desliza hasta sentarse en el suelo. Cierra los ojos, abrumada por el peso de su situación. ¿Cómo puede conciliar su arraigada lealtad a Hunter con sus intensos sentimientos por Liam?

Cuando abre los ojos, Liam está agachado frente a ella, con el rostro marcado por la preocupación. "Chelsea, yo..."

El repentino eco de voces en el pasillo le interrumpe. Sus miradas se cruzan llenas de pánico. Chelsea se pone en pie mientras Liam se pasa rápidamente los dedos por el pelo, intentando domarlo.

Chelsea se endereza la camiseta, el corazón le late con fuerza cuando las voces se hacen más fuertes. Respira hondo e intenta serenarse justo cuando un grupo de conserjes dobla la esquina empujando carros de limpieza.

"Buenas noches, amigos", asiente uno de ellos, mirándoles con curiosidad.

Chelsea esboza una débil sonrisa. "Sólo nos felicitamos mutuamente por un buen partido", dice, haciendo una mueca de disgusto por lo poco convincente que suena.

Los conserjes pasan de largo, pero el momento se interrumpe. Chelsea y Liam comparten una mirada, ambos saben que se les ha acabado el tiempo.

"Tenemos que irnos", susurra Chelsea con urgencia.

Liam asiente, retrocediendo a regañadientes. La pérdida de su presencia es casi un dolor físico.

"Esto no ha terminado", dice, su tono es una mezcla de promesa y pregunta.

Chelsea asiente con la cabeza. "No, no lo es. Pero ahora mismo..."

"Ahora mismo, volvemos con nuestros equipos", termina Liam por ella.

Caminan hasta el final del pasillo y se detienen ante la puerta que conduce a los vestuarios. Por un momento, ninguno de los dos se mueve, reacios a romper la frágil burbuja que han creado.

Finalmente, Liam extiende la mano y aprieta brevemente la de Chelsea. "Lo resolveremos", dice suavemente, aunque su tono carece de convicción.

Chelsea asiente, sin confiar en sí misma para hablar.

Con una última y persistente mirada, se dan la espalda. Chelsea se apresura a regresar a la pista

principal, con la mente convertida en un torbellino de emociones contradictorias. El sabor del beso de Liam aún permanece en sus labios, un recuerdo agridulce de lo que acaba de experimentar y de lo que está a punto de perder.

Al salir a la concurrida explanada, los sonidos de la celebración la inundan. En algún lugar del estadio, Hunter está disfrutando de la victoria. Y aquí está ella, con el corazón acelerado por un momento robado con su rival.

La euforia de su beso se desvanece, sustituida por la fría realidad de su situación. Chelsea se pasa una mano por el pelo, con la mente desbordada por las posibles consecuencias.

Divisa a Hunter al otro lado de la explanada, rodeado de compañeros de equipo y admiradores. Tiene la cara enrojecida por la victoria y una sonrisa amplia y genuina. Es el más feliz que le ha visto en semanas.

Chelsea respira hondo, esboza una sonrisa y se abre paso entre la multitud. "¡Hunter!", grita, saludando.

La cara de su hermano se ilumina al verla. "¡Chels! ¿Te lo puedes creer? Qué juego!"

Cuando Hunter la abraza como un oso, Chelsea siente que su corazón se rompe. Ella le devuelve el abrazo, murmurando felicitaciones, mientras su mente repite el momento con Liam en el pasillo.

"Estoy muy orgullosa de ti", dice, y lo dice en serio. Pero sus palabras están impregnadas de un sentimiento de culpa que amenaza con ahogarla.

Por encima del hombro de Hunter, Chelsea vislumbra a Liam al otro lado del estadio. Está con su equipo, su cara de juego de nuevo, pero por una fracción de segundo, sus ojos se encuentran.

En ese momento, Chelsea siente todo el peso de sus lealtades divididas. Está atrapada entre el hermano al que adora y un hombre que la deja sin aliento. Mientras la celebración continúa a su alrededor, Chelsea se da cuenta de que se encuentra en una encrucijada.

Sea cual sea el camino que elija, alguien saldrá herido. La única pregunta es: ¿quién?

## ♡ Capítulo 8 ♡

El TD Garden vibra con energía, un mar de azul y blanco salpicado por grupos de aficionados nórdicos. Chelsea se sienta rígida en su asiento, con un cartel de "¡Vamos Blizzard!" tan apretado en las manos que sus nudillos se han vuelto blancos. Sus ojos revolotean nerviosos entre el hielo y la multitud, como si esperara ser sorprendida en algún acto invisible de traición.

Cuando los equipos entran en el hielo para calentar, la mirada de Chelsea se fija inmediatamente en dos figuras: Hunter, su hermano, que patina con la confianza de una estrella en su propio terreno, y Liam, capitán del equipo contrario, cuya presencia es magnética incluso desde la distancia.

"¡Vamos, Hunter!" grita Chelsea, su voz se pierde en la cacofonía de vítores. Pero incluso cuando las palabras salen de su boca, descubre que sus ojos siguen los movimientos de Liam, admirando la gracia con la que maneja el disco.

Un admirador a su lado le da un codazo en el brazo. "Ese es tu hermano, ¿verdad? ¿Mitchell? Está que arde esta temporada".

Chelsea asiente y esboza una sonrisa que no le llega a los ojos. "Sí, es él. Lo está haciendo muy bien".

Comienza el partido y la lucha interna de Chelsea se intensifica. Aplaude los goles de los Blizzard, uniendo su voz al rugido de la multitud. Pero cada vez que Liam realiza una jugada especialmente impresionante, tiene que morderse el labio para no mostrar su admiración.

La tensión alcanza su punto álgido durante un cara a cara entre Hunter y Liam. Los dos hombres se agachan, con los palos preparados, los ojos fijos en una feroz competición. Chelsea contiene la respiración, su corazón late con fuerza. En ese momento, el conflicto en su interior es físicamente doloroso: su amor y lealtad de toda la vida por su hermano en guerra contra estos nuevos e intensos sentimientos por Liam.

"Vamos, Hunter", susurra, pero las palabras carecen de convicción. Su expresión debe de delatar su agitación interior, porque el mismo admirador de antes la mira con extrañeza.

"¿Estás bien?", pregunta. "Parece que estás a punto de vomitar".

Chelsea se ríe a carcajadas, haciendo caso omiso de su preocupación. "Sólo estoy nerviosa. Un partido importante, ¿sabes?"

Cuando suena el timbre final, Chelsea se pone en pie con el resto del estadio, absorta por la ajustada victoria de Blizzard. Se dirige a los vestuarios, preparándose para enfrentarse a Hunter.

"¡Chels!" Hunter aparece, todavía sonrojado por el juego. La abraza, su alegría es contagiosa. "¿Has visto el último gol? Increíble".

Chelsea le devuelve el abrazo, con un orgullo genuino mezclado con su culpa. "Estuviste

increíble, Hunt. De verdad".

Mientras charlan, Chelsea siente vibrar su teléfono en el bolsillo. Sabe, sin mirar, que es Liam. Lo siente como una piedra que la arrastra hacia un pozo de decepción.

"Oye, odio interrumpir esto", dice, ya odiándose a sí misma por la mentira que está a punto de salir de su boca. "Pero tengo una crisis de trabajo que tengo que manejar. ¿Lo dejamos para otra ocasión?"

La cara de Hunter decae ligeramente, pero asiente. "No hay problema, hermana. El deber llama, ¿verdad?"

La culpa se intensifica cuando Chelsea se aleja a toda prisa, con los dedos tecleando ya una respuesta a Liam.

Treinta minutos más tarde, se mete en un pequeño café situado a varias manzanas del estadio. Liam ya está allí, con una taza de cacao humeante delante. Su rostro se ilumina cuando la ve y, a pesar de su agitación interior, Chelsea siente un aleteo en el pecho.

"Hola", dice Liam suavemente cuando ella se sienta. Por debajo de la mesa, le coge la mano y entrelaza sus dedos.

"Hola", responde Chelsea, con una voz que apenas supera el susurro. Sus ojos recorren la cafetería en busca de caras conocidas. "¿Estás segura de que nadie te siguió?"

Liam le aprieta la mano para tranquilizarla. "Positivo. El equipo cree que estoy en una cita con el fisioterapeuta".

Se sientan en silencio un momento, la calidez de sus manos unidas contrasta con el frío de la decepción que Chelsea siente en su corazón.

"Así que", dice finalmente Liam, con el pulgar trazando círculos en la palma de la mano de ella. "Menudo juego, ¿eh?"

Chelsea asiente, sin confiar en sí misma para hablar. La cacofonía de emociones amenaza con abrumarla: la alegría de estar con Liam, el orgullo por la actuación de Hunter y una corriente subterránea de culpa que amenaza con ahogarla.

Un camarero se acerca y Chelsea casi se sobresalta. Liam pide para los dos, y su actitud tranquila contrarresta los nervios de Chelsea.

Mientras el camarero se aleja, Liam se inclina hacia él, con la preocupación grabada en el rostro. "Chelsea, ¿estás bien? Si esto es demasiado..."

Chelsea sacude la cabeza con vehemencia. "No, no. Quiero estar aquí. Contigo. Es que..."

"Complicado", termina Liam por ella.

"Sí", dice Chelsea con un suspiro. "Complicado ni siquiera empieza a cubrirlo".

De vuelta en su apartamento, Chelsea se desploma en el sofá, con el resplandor de su portátil proyectando duras sombras sobre su rostro. El reloj de pared avanza inexorablemente hacia la medianoche, pero ella apenas se da cuenta. Sus dedos se mueven mecánicamente por el trackpad, deslizándose por un desfile interminable de caras sonrientes en varias aplicaciones de citas.

"Demasiado pijo... demasiado intenso... vamos, está claro que sólo busca ligar", murmura Chelsea, rechazando un perfil tras otro. Sus ojos arden de cansancio, pero se obliga a mantenerlos abiertos, impulsada por una potente mezcla de culpa y determinación.

A medida que avanza la noche, las exigencias de Chelsea son cada vez más específicas. Examina cada partido potencial con la intensidad de un entrenador que revisa las imágenes de un partido. ¿A esta mujer le gustan los deportes lo suficiente como para entender la dedicación de Hunter, pero tiene su propia vida fuera del hockey? ¿Es cariñosa pero no asfixiante? ¿Es ambiciosa pero no amenaza la carrera de Hunter?

Son casi las tres de la madrugada cuando Chelsea por fin deja que su portátil se cierre. No ha encontrado "al hombre" para Hunter, pero tiene la conciencia un poco más tranquila por haberlo intentado.

Al día siguiente, Chelsea está sentada en una elegante sala de conferencias, rodeada de colegas y de un importante cliente potencial. Su jefa, Evelyn, está en medio de un apasionado discurso para una gala benéfica, pero la mente de Chelsea está a kilómetros de distancia.

Se pregunta qué estará haciendo Liam en este momento. ¿Está en el entrenamiento? ¿Pensando en ella? Le pican los dedos para comprobar su teléfono, para enviar un mensaje rápido...

"¿Chelsea? ¡Chelsea!"

Vuelve a prestar atención y se da cuenta con horror de que todos los presentes la miran expectantes.

La sonrisa de Evelyn es tensa, sus ojos brillan con una irritación apenas disimulada. "¿Quizá le gustaría explicarnos el presupuesto propuesto para la subasta silenciosa?"

Chelsea tantea con sus notas, con las mejillas encendidas. "Por supuesto, yo... um..."

Mientras hace la presentación a trompicones, consciente de la mirada de desaprobación de su jefe, Chelsea se reprende en silencio. Está dejando que su vida personal se traslade a su trabajo, y es solo cuestión de tiempo que algo ceda.

El fin de semana se celebra una barbacoa del equipo Blizzard, un acontecimiento normalmente agradable que ahora Chelsea considera un ejercicio de decepción. Se entremezcla con los jugadores y sus familias, ríe demasiado alto y su sonrisa no le llega a los ojos.

Ryan O'Connor, el mejor amigo de Hunter en el equipo, está en una forma poco común, deleitando al grupo con historias de hockey cada vez más extravagantes. Chelsea se ríe de sus payasadas y olvida momentáneamente sus problemas.

Entonces, su teléfono suena en el bolsillo. Su corazón da un salto al ver el nombre de Liam en la pantalla.

"Pensando en ti. Ojalá pudiéramos ver la puesta de sol juntos esta noche".

Chelsea se muerde el labio, los dedos vuelan mientras teclea una respuesta. Está tan absorta que no se da cuenta de que Hunter se acerca hasta que está justo a su lado.

"¿Por qué sonríes tanto?", le pregunta, mirando con curiosidad su teléfono.

Chelsea casi deja caer el dispositivo, tanteando para bloquear la pantalla. "¡Oh! Nada, sólo... cosas del trabajo. Ya sabes cómo es".

Hunter frunce ligeramente el ceño, pero no insiste. Cuando se da la vuelta para coger otra cerveza, Chelsea suelta un suspiro tembloroso. Ha estado demasiado cerca.

\*\*\*\*\*

Días después, Chelsea se encuentra en una rutina familiar. Acaba de preparar a Hunter para una cita que ella misma ha concertado, después de pasar horas buscando la pareja "perfecta" en las aplicaciones de citas.

"Recuerda, pregúntale por su trabajo voluntario", le entrena Chelsea mientras Hunter se ajusta la corbata. "E intenta eso de escuchar activamente que practicamos".

Hunter asiente, pero su sonrisa no le llega a los ojos. "Gracias, Chels. No sé qué haría sin ti".

Las palabras son como un cuchillo en su corazón. Si él lo supiera.

En cuanto Hunter se marcha, Chelsea sale por la puerta y se dirige a un pequeño parque a las afueras de la ciudad. Se ha convertido en el punto de encuentro secreto de ella y Liam, lejos de las miradas indiscretas de sus compañeros de equipo o de sus fans.

Liam ya está allí y su rostro se ilumina cuando ella se acerca. "Eh, tú", le dice suavemente, acercándola.

Por un momento, Chelsea se deja fundir en su abrazo. Aquí, en este rincón escondido de la ciudad, puede fingir que su relación no está plagada de complicaciones.

Sus labios se juntan y Chelsea siente la familiar sensación de calor y excitación. Pero cuando abre los ojos, se le hiela la sangre. Por encima del hombro de Liam, ve una cara familiar a lo lejos: Ryan O'Connor, compañero de equipo y mejor amigo de Hunter.

El pánico se apodera de ella. Chelsea aparta bruscamente a Liam, con los ojos desorbitados por el miedo.

"¿Chelsea? ¿Qué te pasa?" pregunta Liam, con confusión y dolor evidentes en su voz.

"Yo... creí ver a alguien", balbucea, ya retrocediendo. "Lo siento, tengo que irme".

No espera su respuesta y sale prácticamente corriendo del parque. El corazón le late con fuerza, convencida de que en cualquier momento se derrumbará su castillo de naipes.

Horas más tarde, Chelsea entra en su apartamento agotada emocional y físicamente. Se desploma en el sofá, rodeada de las manifestaciones físicas de su caótica vida. Los archivos de trabajo de la próxima gala benéfica están esparcidos por la mesa de centro, intercalados con impresiones de perfiles de citas que está considerando para Hunter. La pantalla de su portátil brilla con el calendario de los próximos juegos de Blizzard.

Como si nada, su teléfono se llena de notificaciones. Un mensaje de Hunter: "La cita fue un fracaso. ¿Podemos hablar mañana? Inmediatamente seguido por uno de Liam: "¿Estás bien? Estoy preocupado por ti".

Chelsea gime y entierra la cara en una almohada. El peso de su doble vida la oprime, amenazando con aplastarla por completo. ¿Cuánto tiempo más podrá seguir así? Las mentiras, los secretos, el miedo constante a ser descubierta... todo se está volviendo demasiado.

Levanta la cabeza y se mira en el espejo del otro lado de la habitación. Tiene ojeras y su pelo, habitualmente meticulosamente peinado, es un desastre. Apenas reconoce a la mujer que la mira.

"¿Qué haces, Chelsea?", le susurra a su reflejo.

Su teléfono vuelve a sonar, pero no se atreve a mirarlo. En lugar de eso, se acurruca en el sofá y se cubre con una manta como si pudiera protegerla del desastre que ha creado.

Mientras cae en un sueño intranquilo, un pensamiento resuena en su mente: Algo tiene que cambiar. Y pronto. Porque si no, teme perder todo lo que le importa, y a todos los que le importan.

## ♡ Capítulo 9 ♡

Chelsea irrumpe por la puerta de los vestuarios del Blizzard, con el pecho agitado mientras intenta recuperar el aliento. El familiar olor a sudor y a equipamiento deportivo le inunda las fosas nasales, pero apenas se da cuenta, concentrada por completo en su misión.

"¡Hunter!", grita al ver a su hermano al otro lado de la habitación. Aún lleva puesto su equipo de entrenamiento, parece agotado pero le pica la curiosidad su repentina aparición.

"¿Chels? ¿Qué haces aquí?" pregunta Hunter, con la preocupación marcando sus rasgos.

Chelsea muestra su teléfono con una sonrisa forzada. "Tu teléfono murió, ¿recuerdas? Mamá ha estado intentando localizarte para la cena de esta noche. Pensé que querrías usar el mío para llamarla".

La cara de Hunter se relaja en una sonrisa de agradecimiento. "Claro, gracias hermanita. Siempre estás pendiente de mí".

Las palabras hacen que Chelsea sienta una punzada de culpabilidad en el pecho, pero la aparta. Observa cómo Hunter coge su teléfono y desliza los dedos para desbloquear la pantalla.

Mientras Hunter marca el número de su madre, Chelsea deja escapar un pequeño suspiro de alivio. Crisis evitada. Se da la vuelta para irse, queriendo darle a Hunter algo de privacidad para su llamada, cuando oye la voz ronca del entrenador Shepherd.

"Chelsea, ¿tienes un minuto?"

Ella asiente y sigue al entrenador a un rincón tranquilo del vestuario. Quiere hablar del próximo acto benéfico y Chelsea se obliga a concentrarse, apartando de su mente los pensamientos sobre Hunter y su teléfono.

Mientras tanto, Hunter está inmerso en una conversación con su madre, Izzy. Está asintiendo con la cabeza, haciendo ruidos afirmativos mientras Izzy charla sobre sus últimos alumnos de patinaje.

"Sí, mamá, eso suena genial. Definitivamente..."

Sus palabras se interrumpen bruscamente cuando aparece una notificación en la parte superior de la pantalla. Es un mensaje de texto, y el nombre que contiene hace que a Hunter se le hiele la sangre. También aparece otra notificación, algo sobre corazones de hockey, pero la borra para centrarse en el mensaje de texto.

Liam Eriksson: "Te echo de menos. No puedo esperar a nuestra próxima cita secreta. x"

El pulgar de Hunter pasa por encima de la vista previa del mensaje, su mente se niega a procesar lo que está viendo. Tiene que ser un error, ¿verdad? Tal vez sea otro Liam. Tal vez sea una broma. Tal vez...

Casi contra su voluntad, Hunter abre la aplicación de mensajería. Se desplaza por el historial de conversaciones y frunce el ceño con cada intercambio que lee. Bromas coquetas, chistes internos, planes para reuniones clandestinas... todo está ahí, al descubierto en la pantalla brillante.

"¿Hunter? Hunter, ¿sigues ahí?" La voz de Izzy suena metálica y lejana a través del altavoz del teléfono.

"Sí, mamá", Hunter se las arregla, su voz tensa. "Escucha, tengo que irme. Te llamaré más tarde, ¿de acuerdo?"

Termina la llamada sin esperar respuesta, sin apartar los ojos de la prueba que tiene en la mano. El vestuario, que suele ser una cacofonía de charlas y ruido de equipos después de los entrenamientos, parece desvanecerse. Lo único que Hunter puede oír es el torrente de sangre en sus oídos y el eco de la traición de su hermana.

Mientras mira fijamente la pantalla, aparece otra notificación de Hockey Hearts y, al intentar borrarla con rabia, abre accidentalmente la aplicación. No alcanza a comprender lo que está viendo, pero reúne los sentidos lo suficiente como para darse cuenta de que su foto y su nombre encabezan el perfil. ¿Un perfil de citas para él en el teléfono de Chelsea? Vuelve rápidamente a los mensajes, seguro de que se trata de un error.

Al otro lado de la habitación, Chelsea está terminando su conversación con el entrenador Shepherd. Ella sonríe, asintiendo a algo que él está diciendo, completamente ajena a la tormenta que está a punto de estallar.

"Chelsea".

La voz de Hunter atraviesa el ruido ambiente del vestuario como un cuchillo. Hay algo en su tono -una mezcla de dolor, ira e incredulidad- que hace que todas las cabezas se giren.

Chelsea se da la vuelta y su sonrisa vacila al ver la expresión de Hunter. Está de pie, rígido, con el teléfono tan apretado en la mano que se le han puesto blancos los nudillos.

"¿Hunter?", dice con cautela, dando un paso hacia él. "¿Qué pasa?"

El vestuario se ha vuelto inquietantemente silencioso. Los jugadores se congelan en varios estados de desnudez, sintiendo la tensión crepitando en el aire. El entrenador Shepherd frunce las cejas preocupado.

Hunter levanta el teléfono, su mano tiembla ligeramente. "¿Quieres explicarme esto?"

Los ojos de Chelsea se abren de par en par al darse cuenta de lo que él debe de haber visto. Se le va el color de la cara y siente como si se le cayera el suelo bajo los pies.

"Hunter", susurra, su voz apenas audible por encima del repentino y ensordecedor silencio que ha caído sobre el vestuario.

Chelsea empieza a explicarse, pero las palabras se le mueren en la garganta al ver la expresión de su hermano. El dolor, la traición y una ira creciente se arremolinan en sus ojos, transformando sus rasgos habitualmente cálidos en algo irreconocible.

A su alrededor, los vestuarios se convierten en un hervidero de actividad silenciosa. Los jugadores cogen sus equipos y apartan la vista del drama que se está desarrollando. Algunos murmuran excusas rápidas, otros simplemente huyen, la tensión es demasiado fuerte para soportarla. En unos instantes, la sala está casi vacía, salvo por los hermanos Mitchell y un persistente Ryan O'Connor.

Ryan da un paso vacilante hacia delante, con el rostro marcado por la preocupación. "Hey, chicos, tal vez deberíamos tomarnos un respiro aquí..."

"O'Connor", la voz ronca del entrenador Shepherd corta la tensión. "A las duchas. Ahora".

Ryan abre la boca para protestar, pero una mirada severa del entrenador le hace callar. Con una última mirada de preocupación a Chelsea y Hunter, sale de mala gana, dejando a los hermanos a solas con su entrenador.

"Creo que será mejor que os dé un poco de intimidad", dice el entrenador Shepherd, con un tono inusualmente suave. Se detiene ante la puerta y añade: "Intentad recordar que sois una familia, ¿vale?". Luego se va y la pesada puerta se cierra tras él con un ruido sordo.

El silencio que sigue es ensordecedor. Chelsea puede oír su propio corazón palpitando en sus oídos, su respiración entrecortada por el pánico. Hunter, por el contrario, está inquietantemente quieto, con los nudillos blancos donde agarra su palo de hockey.

"¿Cuánto tiempo?" Hunter finalmente rompe el silencio, su voz baja y peligrosa.

Chelsea traga saliva. "Hunter, por favor, no es lo que piensas..."

"¿CUÁNTO TIEMPO?" ruge Hunter, haciendo que Chelsea se sobresalte. Empieza a caminar, con movimientos bruscos y agitados. "¿Cuánto tiempo has estado... qué? ¿Espionando para ellos? ¿Dándole a Eriksson información sobre nuestras estrategias, nuestras jugadas?"

"¡No!" Chelsea grita, horrorizada. "Dios, no, Hunter. Nunca traicionaría así al equipo. ¡Nunca te traicionaría!"

Hunter suelta una carcajada amarga. "¿No lo harías? Porque desde mi punto de vista, eso es exactamente lo que has hecho". Levanta el teléfono de nuevo, desplazándose furiosamente. "¿Reuniones secretas, Chelsea? ¿No puedes esperar a verte de nuevo? ¿Qué demonios se supone que debo pensar?"

Chelsea coge el teléfono instintivamente, desesperada por hacer desaparecer las pruebas. Pero Hunter la aparta de un tirón, con sus ojos brillando peligrosamente.

"No lo hagas", advierte. "No te atrevas a intentar ocultar esto".

Las lágrimas brotan de los ojos de Chelsea, nublándole la vista. "Hunter, por favor", suplica. "Deja que te lo explique. Liam y yo... es complicado, pero te juro que nunca he compartido información del equipo. Nunca te haría eso a ti, a la Ventisca".

Pero Hunter no escucha. Está consumido por su ira, años de confianza destrozados en un instante. "Me has estado mintiendo durante meses", dice, con la voz quebrada por la emoción. "Todas esas veces que preguntaste por los entrenamientos, por nuestras estrategias... ¿era todo por él? ¿Estabas recopilando información para tu novio nórdico?"

La acusación golpea a Chelsea como un golpe físico. "¡No!", grita. "Hunter, eres mi hermano. Te quiero. Todo lo que he hecho, ¡pensé que te estaba ayudando!"

Hunter se burla. "¿Ayudándome? ¿A escondidas con nuestro mayor rival? ¿Traicionando todo lo que este equipo representa?"

Se da la vuelta y se pasa una mano por el pelo, frustrado. Cuando vuelve a hablar, su voz es más tranquila, pero no menos dolorosa. "Confiaba en ti, Chelsea. Más que en nadie. Y todo este tiempo..."

Chelsea da un paso tentativo hacia delante, estirando la mano para tocar el brazo de su hermano. "Hunter, por favor. Sé que metí la pata. Sé que debería habértelo dicho. Pero tienes que creerme, nunca quise hacerte daño. Nunca quise que nada de esto pasara. Simplemente... pasó. Pero te juro que nunca he traicionado tu confianza cuando se trata del equipo. Nunca."

El rostro de Hunter se contorsiona, con una mezcla de dolor e incredulidad grabada en cada línea. Sacude la cabeza y una risa amarga se escapa de sus labios. "No lo entiendes, ¿verdad? No se trata sólo del equipo, Chelsea. Se trata de nosotros. De nuestra relación. ¿Cómo se supone que voy a confiar en nada de lo que digas ahora? ¿Y me engañan mis ojos de que hay un perfil para mí en una aplicación de citas en tu teléfono?"

"Por favor, escúchame", suplica, con la voz entrecortada. "Lo que siento por Liam... es complicado. No cambia lo mucho que te quiero, lo mucho que te apoyo. Eres mi hermano, Hunter. Eso siempre será lo primero. Y el perfil... no es lo que parece. Sólo intentaba ayudar. Tienes que creerme".

Por un momento, la ira de Hunter parece flaquear. Mira a Chelsea, y ella ve un destello del hermano que conoce: herido, confuso, pero aún allí. Pero entonces su mirada se endurece una vez más.

"Ya no sé qué creer", dice fríamente. En un repentino arrebato de frustración, Hunter coge el teléfono de Chelsea de su bolsillo y lo arroja contra un banco cercano. El crujido de la pantalla al romperse parece resonar por todo el vestuario, una manifestación física de la fractura que se está formando entre los hermanos.

Chelsea se estremece al oír el sonido, sus ojos se desvían entre el teléfono dañado y el rostro angustiado de su hermano. "Hunter, por favor", susurra, "podemos arreglar esto. Somos familia".

Pero la expresión de Hunter se endurece, su mandíbula se aprieta mientras da un paso atrás. "La

familia no miente, Chelsea. La familia no anda a escondidas con el enemigo. La familia no crea perfiles de citas falsos. Sabes, todo este tiempo pensé que eras la única persona con la que siempre podía contar. Supongo que también me equivoqué en eso".

"Creo que deberías irte", escupe Hunter, apartándose de ella.

"Hunter, no, por favor...", grita Chelsea mientras recupera su teléfono.

"¡Vamos!", grita Hunter, golpeando su palo de hockey contra una taquilla cercana con un sonoro estruendo.

Chelsea salta al oír el ruido, las lágrimas corren ahora libremente por sus mejillas. Se aprieta el teléfono roto contra el pecho, como si de algún modo pudiera protegerla del dolor de este momento. Con una última mirada suplicante a su hermano, se da la vuelta y huye por la puerta del vestuario, casi chocando con alguien al otro lado.

¿"Hunter"? ¿Chelsea?" La voz preocupada de Izzy Mitchell se filtra en la habitación. "¿Qué sucede? Recibí un extraño mensaje tuyo..."

Cuando la puerta se cierra tras ella, Chelsea se apoya en la pared, con las piernas a punto de flaquear. Todo el peso de lo que acaba de suceder se abate sobre ella. Su relación con Liam, su vínculo con Hunter, su lugar en la familia Blizzard... todo pende de un hilo.

Y mientras se desliza por el suelo, con los sollozos sacudiendo su cuerpo, Chelsea se da cuenta de que su doble vida, cuidadosamente construida, se ha derrumbado finalmente, de forma irrevocable, a su alrededor.

## ♡ Capítulo 10 ♡

El suave resplandor de las luces de la cocina proyecta un tono cálido sobre la casa suburbana de la familia Mitchell. Es un marcado contraste con la agitación que se apodera de Chelsea mientras está sentada en la familiar mesa de roble, con los dedos apretados alrededor de una taza de té de manzanilla. El calor penetra en sus manos, pero hace poco por descongelar el gélido temor que siente en el pecho.

El reflejo de Chelsea en el líquido oscuro es un desastre: los ojos hinchados y enrojecidos, el rímel dejando manchas oscuras bajo las pestañas. Apenas se reconoce a sí misma, esta mujer deshecha por sus propias decisiones.

Izzy se mueve por la cocina con soltura, el suave tintineo de los platos y los armarios es una relajante banda sonora para los tumultuosos pensamientos de Chelsea. Cuando Izzy saca algo de un estante alto, se oye un sonido de raspado y luego el inconfundible aroma a canela y mantequilla inunda el aire.

"Los snickerdoodles de la abuela Rose", dice Izzy suavemente, colocando una vieja lata sobre la mesa. "Siempre decías que podían mejorar cualquier cosa".

Una débil sonrisa se dibuja en los labios de Chelsea. Las galletas son una tradición familiar de los Mitchell, un remedio para las rodillas raspadas, los corazones rotos y todo lo demás. Pero mientras coge una, Chelsea se pregunta si incluso la magia de la abuela Rose puede arreglar este desastre.

"Ahora", dice Izzy, acomodándose en la silla frente a Chelsea. "Cuéntamelo todo otra vez. Desde el principio".

Chelsea respira hondo y las palabras le salen a borbotones. Relata el enfrentamiento en el vestuario, la cara de Hunter contorsionada por la traición, el repugnante crujido de su teléfono al golpear el banco. Mientras habla, la escena se repite con todo detalle, cada palabra y cada gesto grabados en su memoria.

Cuando la voz de Chelsea se quiebra, incapaz de continuar, Izzy cruza la mesa y estrecha la mano de su hija.

"Oh, cariño", dice, con voz suave pero firme. "Qué enmarañada red tejemos cuando primero practicamos el engaño".

Chelsea da un respingo ante el suave reproche. "Lo sé, mamá. Lo estropeé todo. Metí la pata hasta el fondo".

Izzy le aprieta la mano. "Sí, lo hiciste. Pero no eres la primera persona que comete errores en nombre del amor y la familia, y desde luego no serás la última."

Hay una mirada lejana en los ojos de Izzy, como si estuviera recordando algo de hace mucho

tiempo. Se levanta bruscamente y se acerca a una estantería llena de relucientes trofeos y medallas, prueba de las proezas atléticas de la familia Mitchell.

Chelsea observa con curiosidad cómo su madre pasa por alto los premios y coge un álbum de cuero desgastado escondido detrás de ellos. Las motas de polvo bailan en el aire cuando Izzy lo saca y el cuero cruje suavemente al abrirlo.

"Quiero enseñarte algo", dice Izzy, volviendo a la mesa. Hojea páginas llenas de fotografías descoloridas y se detiene en una imagen que hace que Chelsea se incline para verla más de cerca.

Es una Izzy mucho más joven, con el pelo recogido como una patinadora artística, de pie en un podio con una medalla de plata colgada del cuello. Pero no es la medalla lo que llama la atención de Chelsea, sino la expresión del rostro de la joven Izzy. Una mezcla de orgullo y... algo más. ¿Arrepentimiento, tal vez?

"Esto fue en los Campeonatos Canadienses de Patinaje Artístico de 1988", explica Izzy, mientras su dedo traza el borde de la foto. "Gané la plata, lo que debería haber sido uno de los momentos más felices de mi carrera".

Chelsea levanta la vista, confusa. "¿Debería haber sido?"

Izzy asiente, con una sonrisa triste en los labios. "¿Ves a esa mujer que está a mi lado en el podio dorado? Es Vivian Kensington. Era mi mejor amiga, mi compañera de entrenamiento... y mi mayor rival".

A medida que Izzy continúa su historia, Chelsea se siente arrastrada a una historia de amistad, competición y la complicada naturaleza de la lealtad en el mundo del deporte de élite. Es una historia que, a pesar de las décadas que las separan, resulta dolorosamente familiar.

Chelsea se inclina hacia ella y sus ojos se abren de par en par al contemplar la fotografía de su madre en la flor de la vida. La joven Izzy es captada en pleno salto, con su ágil cuerpo estirado en una espiral perfecta y los brazos graciosamente extendidos. Las lentejuelas de su elaborado traje captan la luz, creando un resplandeciente efecto de halo a su alrededor.

"Oh, mamá", dice Chelsea con admiración. "Estás increíble".

Los ojos de Izzy se arrugan con una mezcla de nostalgia y orgullo. "Fue tomada en los Campeonatos del Mundo de 1987. Tenía diecinueve años, llena de sueños y determinación".

Cuando Izzy empieza a contarle anécdotas de su época de competidora, Chelsea se ve arrastrada a un mundo que sólo conocía de pasada. Ella escucha, paralizada, cómo su madre pinta vívidas imágenes de los entrenamientos matutinos, la mordedura del aire frío en las pistas de hielo con corrientes de aire, la emoción de clavar un salto difícil por primera vez.

"No todo era glamour y medallas de oro", dice Izzy, con un tono de voz más serio. "La presión era inmensa. Cada día, cada entrenamiento, cada competición... parecía que todo mi futuro dependía de cada actuación".

Chelsea asiente, pensando en Hunter y en el peso de las expectativas que conlleva como jugador estrella de los Blizzard. "Me lo imagino", dice en voz baja.

Izzy continúa describiendo los sacrificios que hizo por su deporte: faltar a los bailes escolares, las tensas amistades, la lucha constante con su cuerpo cambiante. "Pero lo más duro", dice, "fue la soledad. Incluso rodeada de compañeras y entrenadores, a veces me sentía completamente aislada".

A medida que Chelsea escucha, empieza a ver a su madre bajo una nueva luz. No solo como mamá, ni siquiera como la ex campeona Izzy Mitchell, sino como una joven que se enfrentó a muchas de las mismas luchas y dudas que Chelsea y Hunter afrontan ahora.

Mientras tanto, a más de mil kilómetros de distancia, en Nueva York, se desarrolla otra historia de presión atlética y lealtades divididas.

Liam Eriksson recorre el elegante loft de su hermana Sophia con pasos rápidos y agitados. Su pelo, normalmente perfectamente peinado, es un desastre, prueba de las veces que se ha pasado las manos por él, frustrado.

"No sé qué hacer, Soph", dice, con la voz tensa. "Todo se está desmoronando".

Sophia Eriksson observa a su hermano desde su posición en el lujoso sofá de cuero, con la preocupación grabada en el rostro. Detrás de ella, colgada de la pared, su medalla de plata olímpica capta la luz, un recordatorio silencioso de sus propios logros deportivos.

"Liam, siéntate", dice Sophia con firmeza. "Vas a hacer un agujero en mi suelo. Ahora, empieza desde el principio".

Liam se desploma en un sillón, con los hombros caídos. Respira hondo y comienza a relatar toda la saga: el encuentro con Chelsea en el acto benéfico, su creciente conexión, las reuniones secretas y, por último, el desastroso descubrimiento de Hunter.

Mientras habla, la expresión de Sophia pasa de la sorpresa a la comprensión y a la preocupación. No es ajena a las complejidades de las carreras deportivas de alto nivel y las relaciones personales. Su propio camino hacia la gloria olímpica estuvo plagado de retos similares.

"Oh, Liam", dice ella con un suspiro cuando él termina. "Realmente te has metido en un lío, ¿verdad?".

Liam asiente miserablemente. "Lo sé. Sé que estuvo mal salir con el enemigo, pero Chelsea... ella es diferente, Soph. Cuando estoy con ella, es como si el resto del mundo se desvaneciera. Las rivalidades del equipo, las presiones de la carrera... nada de eso importa".

Sophia se inclina hacia delante y pone una mano reconfortante sobre la rodilla de su hermano. "Lo entiendo, créeme. Pero tienes que darte cuenta de la posición en la que has puesto a Chelsea. Y a ti mismo. Esto ya no se trata sólo de lo que sentís el uno por el otro".

De vuelta en Boston, Izzy profundiza en sus propias experiencias, trazando paralelismos que

hacen que Chelsea se levante y preste atención.

"¿La presión a la que está sometido Hunter ahora? Yo la viví", dice Izzy, con la voz teñida de empatía. "El escrutinio constante, el miedo a defraudar a la gente, la lucha por tener una vida personal a la vez que se mantiene el máximo rendimiento... es abrumador".

Chelsea escucha atentamente, y en sus ojos aparece una nueva comprensión. Siempre ha sabido, intelectualmente, que el puesto de Hunter conllevaba retos únicos. Pero oír a su madre describirlo de forma tan visceral le hace comprenderlo mejor.

"Hubo momentos", continúa Izzy, "en los que sentí que me ahogaba. Como si un paso en falso, dentro o fuera del hielo, fuera a derrumbarlo todo".

Chelsea piensa en las recientes dificultades de Hunter, en su frustración por la serie de citas infructuosas que ella había orquestado. En sus bienintencionados intentos por ayudarle, ¿había aumentado la presión a la que estaba sometido?

"¿Pero sabes lo que me ayudó a superarlo?" Izzy pregunta, sacando a Chelsea de sus pensamientos.

Chelsea sacude la cabeza, inclinándose para escuchar la respuesta.

"La familia", dice Izzy. "Saber que, pasara lo que pasara en el hielo, ganara o perdiera medallas, tenía gente que me quería incondicionalmente. Esa fue mi ancla".

Las palabras golpearon a Chelsea como un golpe físico. En sus intentos equivocados de "ayudar" a Hunter, en su relación secreta con Liam, ¿había privado inadvertidamente a su hermano de ese sistema de apoyo vital?

Como si leyera sus pensamientos, Izzy extiende la mano y coge la de Chelsea. "Cariño, no te lo digo para que te sientas peor. Te lo digo porque quiero que lo entiendas. Lo que Hunter más necesita ahora mismo no es una novia perfecta ni actuaciones impecables sobre el hielo. Necesita a su hermana. Necesita saber que tu amor y tu apoyo no están condicionados a su éxito".

Chelsea siente que las lágrimas vuelven a brotar, pero esta vez van acompañadas de una chispa de determinación. Puede que lo haya estropeado todo, pero no va a renunciar a su relación con Hunter. No sin luchar.

"¿Cómo lo arreglo, mamá?", pregunta, con voz pequeña pero decidida.

Izzy le aprieta la mano. "No será fácil, y no ocurrirá de la noche a la mañana. Pero el primer paso es la honestidad. Honestidad completa, sin rodeos. Con Hunter, con Liam y, lo que es más importante, contigo mismo".

Mientras Chelsea asiente, asimilando la sabiduría de su madre, siente una mezcla de inquietud y esperanza. El camino que tiene por delante no está claro y sin duda es difícil, pero por primera vez desde el desastroso enfrentamiento en el vestuario, siente que puede haber un camino a seguir.

La pregunta ahora es: ¿tendrá el valor de dar ese primer paso crucial?

En el loft neoyorquino de Sophia, la esquiadora olímpica se levanta del sofá y cruza la habitación con unas pocas y elegantes zancadas. Tira de Liam en un fuerte abrazo, sintiendo cómo el cuerpo de su hermano tiembla por la emoción reprimida.

"Oh, Liam", murmura ella, frotando círculos relajantes en su espalda. "Sé que ahora mismo parece imposible, pero créeme, no eres el primer atleta que lucha por equilibrar sus relaciones personales y su carrera".

Liam retrocede un poco, sus ojos buscan el rostro de Sophia. "¿Cómo lo hiciste? Durante tus carreras olímpicas, quiero decir. ¿Cómo te las arreglabas para tener una vida fuera del esquí?".

Sophia esboza una sonrisa irónica. "No siempre con gracia, eso seguro". Lleva a Liam de vuelta al sofá y se acomoda a su lado. "¿Te acuerdas de Thomas?"

Liam asiente. Thomas, que fue novio de Sophia durante su segunda campaña olímpica, era un compañero esquiador del equipo noruego.

"Bueno, lo que nunca te dije fue lo cerca que estuvimos de descarrilar nuestras carreras", admite Sophia. "El andar a escondidas, las lealtades divididas... nos estaba comiendo vivos. ¿Te suena familiar?"

Liam hace una mueca de dolor, pero asiente para que ella continúe.

"Todo llegó a un punto crítico justo antes de la final", dice Sophia, con voz lejana. "Tuvimos una gran pelea. Estaba convencida de que tenía que elegir entre él y mi oportunidad de conseguir una medalla".

"¿Qué ha pasado?" pregunta Liam, completamente absorto en la historia de su hermana.

Sophia sonríe suavemente. "Nuestro entrenador se enteró. Pero en lugar de mandarnos al banquillo o acudir al comité, nos sentó y nos hizo hablarlo. Hablar de verdad, no sólo de esquí, sino de lo que queríamos para nuestro futuro, juntas y separadas".

A medida que Sophia continúa compartiendo sus experiencias, ofreciendo una nueva perspectiva sobre los desafíos del amor en el mundo de los deportes de competición, Liam siente que se le quita un peso de encima. No está solo en esta lucha, y tal vez, sólo tal vez, hay un camino a seguir que no termina en el desamor y carreras arruinadas.

Mientras tanto, en Boston, el teléfono de Chelsea zumba insistentemente. Mira hacia abajo y ve el nombre de Liam parpadear en la pantalla. Por un momento, su dedo se detiene sobre el mensaje, el impulso de leerlo, de conectar con él, es casi abrumador.

Pero entonces capta la mirada de su madre, ve en ella comprensión y ánimo, y toma una decisión. Respira hondo, silencia el teléfono y lo deja a un lado.

"¿Qué decías, mamá? ¿Sobre cómo papá y tú hicisteis que funcionara, incluso con tu carrera de patinadora?"

El rostro de Izzy se suaviza por el orgullo y el amor que siente por su hija. Mientras profundiza en su historia de amor juvenil y en los retos de mantener una relación en el candelero, Chelsea escucha absorta, empapándose de cada palabra de sabiduría y experiencia.

Chelsea e Izzy emigran al columpio del porche, una reliquia preciada de la infancia de Chelsea y Hunter. Se sientan una al lado de la otra, con una cálida manta sobre el regazo para protegerse del frío de principios de otoño. El suave crujido del columpio se mezcla con el lejano canto de los grillos, creando una melodía relajante.

En Nueva York, Liam y Sophia están en el balcón del loft de ella, contemplando el brillante paisaje urbano. La bulliciosa energía de la ciudad parece distante, amortiguada, como si los hermanos estuvieran en su propia burbuja privada.

En ambos lugares, los ojos se vuelven hacia el cielo lleno de estrellas. Las mismas constelaciones brillan sobre Boston y Nueva York, sobre Chelsea y Liam, un recordatorio silencioso de las conexiones que persisten a pesar de la distancia y las circunstancias.

Chelsea respira profundamente el aire fresco de la noche. "¿Crees que Hunter me perdonará alguna vez?", pregunta en voz baja.

Izzy rodea los hombros de su hija con un brazo. "Dale tiempo, cariño. Y cuando esté dispuesto a escuchar, sé sincera. Completamente sincera. Tu hermano tiene un gran corazón. Se dará cuenta".

En Nueva York, Liam expresa una preocupación similar. "¿Y si es demasiado tarde? ¿Y si lo he echado todo a perder?".

Sophia le aprieta el brazo para tranquilizarle. "Nunca es demasiado tarde para hacer lo correcto, Liam. Puede que sea difícil, y puede que no salga exactamente como esperas, pero nunca te arrepentirás de ser honesto y respetuoso".

A medida que la noche se hace más profunda, tanto Chelsea como Liam sienten una mezcla de esperanza y temor ante el futuro. El camino que tienen por delante no está claro y está plagado de posibles obstáculos. Pero armados con la sabiduría y el apoyo de su familia, cada uno hace un voto silencioso para afrontar lo que venga con valentía e integridad.

Las estrellas centellean en lo alto, testigos silenciosos de estas promesas. Y en algún lugar de la vasta extensión del cielo nocturno, una estrella fugaz atraviesa la oscuridad, llevando consigo los deseos no expresados de dos corazones que anhelan resolución y redención.

## ♡ Capítulo 11 ♡

El TD Garden estalla en un rugido ensordecedor cuando el disparo de Hunter Mitchell supera al portero nórdico y se cuela por la escuadra derecha de la portería. La pantalla gigante muestra la cara triunfante de Hunter.

Chelsea se pone en pie junto con el resto de los fieles de Blizzard, pero su ovación carece del entusiasmo habitual. Su "¡Vamos Hunter!" suena débil incluso para sus propios oídos. Mientras el público sigue celebrando, los ojos de Chelsea se dirigen al banquillo nórdico.

Allí, entre sus abatidos compañeros de equipo, se encuentra Liam Eriksson. Tiene la mandíbula desencajada y la frustración marcada en cada línea de su cuerpo. Durante un breve instante, su mirada recorre a la multitud, y Chelsea podría jurar que sus ojos se cruzan. La conexión, real o imaginaria, provoca una sacudida en su organismo, seguida rápidamente por una oleada de culpabilidad.

Se hunde de nuevo en su asiento, el júbilo de la multitud le resulta repentinamente opresivo. Cómo ha podido acabar aquí, dividida entre animar a su hermano y odiar a su rival?

A medida que avanza el partido, Chelsea encuentra su atención dividida, rebotando constantemente entre Hunter y Liam. Durante un tiempo muerto de Blizzard, ve cómo el entrenador Shepherd aparta a Hunter. Incluso desde la distancia, se nota la intensidad de su conversación.

La cara de Hunter es un estudio de concentración, sus ojos nunca se apartan de los gestos animados del entrenador Shepherd. Para cualquier otra persona, parece el jugador estrella concentrado. Pero Chelsea sabe que no es así. Ella puede ver la tensión alrededor de sus ojos, el ligero apretón de su mandíbula, signos reveladores de la agitación interior contra la que está luchando.

"No debería estar ocupándose de esto ahora", murmura Chelsea para sí misma, con el peso de la culpa oprimiéndole el pecho. "Debería estar centrado en el partido, no preocupándose por la traición de su hermana".

El tiempo muerto termina y el juego se reanuda. Chelsea observa cómo Hunter se coloca en su posición, con movimientos fluidos y decididos. Se maravilla de su capacidad para compartimentar, para dejar a un lado los dramas personales y rendir al máximo nivel.

De repente, el disco está en posesión nórdica. Chelsea se queda sin aliento cuando Liam recibe un pase, sus movimientos son un borrón de gracia y potencia. Se abre paso a través de la defensa de los Blizzard, anticipándose a sus movimientos con una precisión asombrosa.

El tiempo parece ralentizarse cuando Liam se prepara para el disparo. El disco sale de su palo como un cohete, pasa por encima del guante extendido del portero del Blizzard y entra en la portería. Suena la bocina, señalando el gol, y el pequeño contingente de aficionados nórdicos estalla en vítores.

Antes de que pueda contenerse, Chelsea siente que una sonrisa se dibuja en sus labios. La jugada de Liam fue brillante, una demostración de su habilidad y estrategia. Pero, tan pronto como aparece, aparta la sonrisa, consciente de la decepción de los aficionados del Blizzard que la rodean.

Cuando comienza el último periodo, la tensión en el estadio aumenta hasta niveles casi insostenibles. El marcador está empatado y ambos equipos juegan con una ferocidad que tiene al público en vilo.

Chelsea observa, con el estómago hecho un nudo, cómo Hunter y Liam se enfrentan una y otra vez sobre el hielo. Su rivalidad, siempre intensa, parece haber adquirido un cariz personal. Cada control es un poco más duro, cada batalla por el disco un poco más prolongada.

Durante una discusión particularmente acalorada, Hunter golpea a Liam contra las tablas con más fuerza de la necesaria. Cuando Liam retrocede, sus rostros se acercan e, incluso desde la distancia, Chelsea puede ver el intercambio de palabras. El árbitro los separa rápidamente, pero el daño ya está hecho.

Chelsea se hunde en su asiento, deseando desaparecer por completo. Esto es culpa suya. La animosidad entre Hunter y Liam ahora va más allá de la rivalidad de equipo, alimentada por la traición personal y la angustia que ella causó.

La mujer que está junto a Chelsea la mira con preocupación. "¿Te encuentras bien, querida? Estás muy pálida".

Chelsea esboza una débil sonrisa. "Estoy nerviosa por el partido", miente. "Está tan cerca, ¿sabes?"

Al reanudarse el juego, Chelsea se encuentra conteniendo la respiración con cada interacción entre Hunter y Liam. Cada vez que se acercan, ella se tensa, temiendo que su conflicto personal estalle en algo que no pueda ser contenido por las reglas del juego.

Transcurren los últimos minutos y el marcador sigue empatado. Los nervios de Chelsea están a flor de piel, sus emociones son una tumultuosa mezcla de miedo, culpa y una desesperada esperanza de que, de algún modo, este partido termine sin más daños para las relaciones que tanto aprecia.

A pocos segundos del final, Hunter se hace con el disco. El público se pone en pie y un suspiro colectivo resuena en el estadio. Chelsea ve la determinación en los ojos de su hermano, reconoce el gesto de su mandíbula que significa que está a punto de intentar algo audaz.

Hunter se abre paso a través de la defensa, mostrando toda su velocidad y agilidad. Se dirige directamente hacia la portería nórdica, pero Liam está allí, la última línea de defensa antes del portero.

El tiempo parece ralentizarse mientras Hunter intenta una compleja maniobra, tratando de escabullirse de Liam. Pero algo sale mal. Sus cuerpos chocan a gran velocidad, con un crujido

repugnante que se oye incluso por encima de los jadeos del público. Ambos jugadores caen con fuerza, deslizándose por el hielo en una maraña de miembros y palos.

Suena el timbre que pone fin al tiempo reglamentario, pero a nadie le importa ya el reloj. El estadio se sume en un silencio sepulcral, roto únicamente por el sonido del personal médico que entra corriendo en el hielo.

Chelsea se pone en pie antes de darse cuenta, con el corazón latiéndole tan fuerte que puede sentirlo en la garganta. "Por favor, que estés bien, por favor, que estés bien", dice, un mantra dirigido tanto a Hunter como a Liam.

Agonizantes segundos pasan mientras el equipo médico atiende a los jugadores caídos. Por fin, afortunadamente, Hunter y Liam empiezan a despertarse. Los ayudan a ponerse de pie, cada uno apoyándose pesadamente en el personal de apoyo.

Un suspiro colectivo de alivio recorre la multitud. Chelsea siente que las rodillas le flaquean de alivio y se desploma en su asiento. Pero al ver cómo Hunter y Liam son conducidos a sus respectivos bancos, el alivio se ve rápidamente atenuado por una aplastante oleada de culpa.

Ya no se trata sólo de hockey. La intensidad de esa colisión, los riesgos que ambos están dispuestos a correr... ahora es algo personal. Y ella está en el centro de todo.

Mientras los equipos se reagrupan para la prórroga, Chelsea vislumbra a Hunter y a Liam. A pesar de la dura caída, ninguno de los dos parece dispuesto a abandonar el hielo. Sus rostros son máscaras de agotamiento y determinación, una declaración silenciosa de que ninguno de los dos dará marcha atrás.

El árbitro pita el inicio de la prórroga. Mientras los jugadores toman posiciones, Chelsea toma una decisión repentina. No puede seguir viendo esto. No puede soportar ver cómo los dos hombres que más le importan en el mundo pueden hacerse daño -física y emocionalmente- por su culpa.

Sin decir nada a los que la rodean, Chelsea se levanta y comienza a salir del estadio. Al atravesar las puertas de salida, el aire fresco de la noche le golpea la cara como una descarga física. Chelsea respira hondo y entrecortadamente, como si fuera la primera vez que respira en toda la noche.

Los sonidos del partido se amortiguan ahora, un rugido lejano que parece venir de otro mundo. Chelsea se apoya en la fría pared de ladrillo del estadio y cierra los ojos mientras la enormidad de la situación se apodera de ella.

"Esto tiene que parar", se susurra a sí misma, su voz apenas audible por encima de los vítores lejanos y los latidos de su propio corazón. "No puedo permitir que esto continúe. No si eso significa que seguirán haciéndose daño".

Al abrir los ojos, Chelsea contempla el cielo estrellado. Las mismas estrellas que había contemplado con su madre hace apenas unas noches, las mismas estrellas que brillan sobre Nueva York, donde Liam tiene su hogar. De alguna manera, la inmensidad del cielo nocturno

pone las cosas en perspectiva.

Respirando hondo, Chelsea endereza los hombros y toma una nueva determinación. Aún no sabe exactamente cómo, pero va a arreglar esto. Tiene que encontrar la manera de resolver la situación, de arreglar las relaciones que ha dañado, antes de que alguien más salga herido.

Cuando comienza a caminar hacia su coche, dejando atrás el rugido de la multitud y el choque de los palos de hockey, Chelsea hace una promesa silenciosa. A Hunter, a Liam, a sí misma. Va a hacer lo correcto, cueste lo que cueste.

Puede que el partido siga dentro, pero para Chelsea acaba de empezar otro tipo de prórroga. Y esta vez, está decidida a no dejar que nadie pierda.

## ♡ Capítulo 12 ♡

El letrero de neón de La Zona Neutral parpadea débilmente bajo la luz de primera hora de la mañana, proyectando un brillo intermitente sobre el rostro ansioso de Chelsea. Camina de un lado a otro frente a la pequeña cafetería, sus pasos crean un rítmico roce contra el hormigón desgastado. Cada pocos segundos, echa un vistazo a su teléfono, confirmando por milésima vez que éste es el lugar y el momento adecuados.

El corazón le salta a la garganta cuando un coche familiar entra en el aparcamiento casi vacío. El motor se apaga, pero la puerta del conductor tarda un buen rato en abrirse. Hunter sale y Chelsea se queda sin aliento al verle.

Su hermano se mueve con una notable cojera, un duro recuerdo de la brutal prórroga que no pudo soportar ver. Pero es la expresión del rostro de Hunter lo que realmente le rompe el corazón: una mezcla de escepticismo, rabia persistente y algo que se parece dolorosamente a la decepción.

"Hunter", dice en voz baja, dando un paso hacia él.

Levanta una mano para impedir que se acerque. "Acabemos con esto de una vez", dice, con voz llana.

Chelsea asiente y traga saliva contra el nudo que se le hace en la garganta. Mientras Hunter se dirige a la entrada de la cafetería, ella reanuda su ansiosa vigilia, con los ojos escrutando la calle.

Los minutos pasan y parecen horas. Justo cuando Chelsea empieza a temer que no aparezca, otro coche se detiene. Liam sale y Chelsea se queda sin aliento por una razón completamente distinta.

El capitán nórdico se mueve con su gracia habitual, pero a Chelsea no le pasa desapercibida la ligera rigidez de sus hombros. A medida que se acerca, ve el moratón desvaneciéndose a lo largo de su mandíbula, un recuerdo tecnicolor de la colisión sobre el hielo con Hunter.

Liam mira a Chelsea y a Hunter. La incertidumbre se dibuja claramente en los rasgos de Liam, mezclada con una determinación que hace que a Chelsea le duela el corazón.

"Has venido", dice en voz baja mientras Liam se acerca.

Asiente, ofreciendo una pequeña y apretada sonrisa. "Tú me lo pediste. Por supuesto que he venido".

Respirando hondo, Chelsea hace un gesto hacia la entrada del restaurante. "¿Vamos?"

La campana que hay sobre la puerta suena al entrar, un sonido alegre y chocante en un ambiente tenso. La cafetería está casi vacía a estas horas, sólo un par de camioneros tomando café en el mostrador. Chelsea les guía hasta un reservado situado en la esquina más alejada, lo más lejos posible de miradas y oídos indiscretos.

Hunter se desliza primero, sus movimientos ligeramente rígidos. Se coloca contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho en una postura defensiva. Liam vacila un momento antes de sentarse en el banco de enfrente, y su largo cuerpo se pliega torpemente en el pequeño espacio.

Chelsea se queda de pie al final de la mesa, repentinamente insegura. ¿Debería sentarse junto a Hunter, como muestra de solidaridad familiar? ¿O junto a Liam, como una declaración silenciosa de sus sentimientos? Al final, coge una silla de una mesa cercana y se coloca al final de la mesa. Territorio neutral.

El silencio se extiende entre ellos, denso e incómodo. Hunter mira fijamente la mesa, trazando con el dedo el dibujo de la fórmica descolorida. La mirada de Liam fluctúa entre Chelsea y Hunter, con una cautela evidente en cada línea de su cuerpo.

Chelsea se aclara la garganta, su voz suena demasiado fuerte en el silencioso comedor. "Gracias a los dos por venir. Sé que no es fácil, pero tenemos que hablar. Todos nosotros".

Hunter se burla, un sonido amargo que hace que Chelsea haga una mueca de dolor. "¿Hablar de qué, exactamente? ¿De cómo mi hermana ha estado a escondidas con el enemigo? ¿Cómo cada conversación que hemos tenido durante meses probablemente ha sido reportada a los nórdicos?".

"Eso no es cierto", interviene Liam, con voz baja pero firme. "Chelsea nunca compartió ninguna información del equipo conmigo. Jamás".

Hunter levanta los ojos y se encuentra por primera vez con los de Liam. El enfado es considerable. "¿Y se supone que debo creerte? ¿Al tipo que ha estado saliendo en secreto con mi hermana a mis espaldas?".

"Créeme o no", dice Liam, dejando entrever su propia frustración. "Pero no te atrevas a acusar a Chelsea de traicionar a tu equipo. Ella nunca haría eso".

Chelsea siente una oleada de calidez ante la defensa de Liam, seguida rápidamente por una oleada de culpabilidad al ver el dolor reflejado en el rostro de Hunter.

"Por favor", dice, luchando por mantener la voz firme. "¿Podemos... hablar? ¿Hablar de verdad? ¿Sobre cómo hemos llegado hasta aquí y adónde vamos ahora?".

Los dos hombres se callan, la tensión entre ellos sigue chisporroteando como la electricidad. Pero ninguno de los dos hace ademán de irse, y Chelsea se permite sentir un pequeño destello de esperanza.

La tensión se apodera de la mesa cuando se acerca la camarera, cuya actitud alegre vacila ligeramente al percibir el cargado ambiente. Tantea con su bloc de notas y esboza una sonrisa profesional.

"Buenos días, amigos. ¿Puedo empezar con algunos menús?"

Chelsea salta ante la oportunidad de romper el opresivo silencio. "Sólo té por ahora, por favor. Tres tazas". Su voz es más alta de lo habitual, delatando sus nervios.

La camarera asiente, con evidente alivio en su rápida retirada. En cuanto sale de su alcance, Hunter se inclina hacia delante, con las manos cerradas en puños sobre la mesa.

"Muy bien, Chelsea. ¿De qué va todo esto?" Su voz es tensa, la ira apenas contenida hierve a fuego lento bajo la superficie. "¿Por qué arrastrarnos aquí al amanecer?"

Chelsea respira hondo y se arma de valor. Este es el momento para el que se ha estado preparando, ensayando en su mente durante días. Empieza a pronunciar su discurso, cuidadosamente elaborado.

"Sé que os he hecho daño a los dos, y lo siento muchísimo. Pero tenemos que encontrar una manera de seguir adelante. Esta rivalidad, esta ira, nos está destrozando. Somos una familia, Hunter. Y Liam, te has vuelto tan importante para mí. Tiene que haber una manera de que podamos sanar estas desavenencias, encontrar un terreno común".

Hunter se burla, pero antes de que pueda intervenir, Liam se inclina hacia delante con expresión seria. "Tiene razón, Hunter. Esta situación se nos ha ido de las manos. Necesitamos..."

"¿Nosotros?" Hunter le corta, su voz gotea con desdén. "Aquí no hay 'nosotros', Eriksson. Tú eres el enemigo, ¿recuerdas? ¿O es que salir con mi hermana te ha hecho olvidar para qué equipo juegas?".

Chelsea jadea, "¡Hunter! Eso no es justo..."

Pero Liam levanta una mano, con la mandíbula apretada. "Entiendo que estés enfadado, Mitchell. Pero no insinúes que mis sentimientos por Chelsea tienen algo que ver con el hockey. Mi lealtad a mi equipo nunca ha flaqueado".

"¿Lealtad?" Hunter se ríe amargamente. "Eso es rico, viniendo de ti".

Chelsea ve que la situación se complica. Su voz adquiere un tono autoritario que no sabía que poseía. "¡Basta!" Ella suaviza su voz, apelando a sus mejores naturalezas. "Los dos sois líderes. Capitanes de equipo. Sabéis mejor que nadie la importancia de dejar a un lado los sentimientos personales por el bien del equipo. ¿No veis que eso es lo que tenemos que hacer aquí?"

La llegada del té supone una interrupción bienvenida. La camarera deja las tazas humeantes, junto con un pequeño carrito de cremas y sobres de azúcar, antes de emprender una apresurada retirada.

Se hace un silencio incómodo mientras todos cogen su té. Chelsea observa cómo Hunter coge distraídamente dos sobres de azúcar, los abre y los echa en su taza con movimientos prácticos.

Liam se detiene al coger la crema. Una expresión de sorpresa se dibuja en su rostro. "¿Dos de azúcar y sin nata?", pregunta, con voz cautelosa pero curiosa. "Así es... así es como yo también tomo el mío".

La mano de Hunter se detiene y la cuchara choca contra el borde de la taza. Por un breve

instante, la máscara de la ira desaparece, sustituida por un destello de sorpresa y algo que podría ser reconocimiento.

"Hunter gruñe, tratando claramente de mantener su actitud distante. Pero a Chelsea no le pasa desapercibida la forma en que sus ojos se detienen en la taza de Liam, una pizca de curiosidad que se abre paso a través de la hostilidad.

Es poca cosa, esta preferencia compartida por el té. Insignificante en el gran esquema de sus problemas. Pero mientras Chelsea mira entre los dos hombres, siente esa pequeña chispa de esperanza revolotear en su pecho. Tal vez esta es la grieta en la pared, el primer paso hacia la búsqueda de un terreno común.

Toma un sorbo de su propio té, aprovechando el momento para ordenar sus pensamientos. La conversación está lejos de haber terminado, el camino hacia la reconciliación sigue siendo largo y lleno de posibles escollos. Pero por primera vez desde que empezó este lío, Chelsea se permite creer que hay una oportunidad de arreglar las cosas.

Chelsea aprovecha el momento y dirige la conversación hacia un terreno más seguro, aunque relevante. "¿Cómo os sentís los dos? El último partido fue intenso". Sus ojos parpadean entre la ligera cojera de Hunter y la mandíbula magullada de Liam.

Hay un momento de vacilación, ambos hombres claramente inseguros acerca de discutir sus vulnerabilidades. Pero entonces Hunter suspira, sus hombros caen ligeramente. "El médico dice que es sólo un esguince. Debería volver al hielo en una semana más o menos".

Liam asiente, frotándose inconscientemente la mandíbula. "Suerte que no fue peor. Ese cheque que tiraste...". Se interrumpe, con una pizca de respeto a regañadientes en su voz.

"Sí, bueno", murmura Hunter. "Tu slapshot tampoco es para bromear. Pensé que mi casco se iba a romper".

Es un pequeño intercambio, pero Chelsea puede sentir el cambio en el aire. La cruda ira da paso a algo más: un tímido reconocimiento de la experiencia compartida.

Liam se inclina ligeramente hacia delante, con la voz baja. "Pero no es sólo el desgaste físico, ¿verdad? La presión por rendir, por estar siempre al máximo nivel...".

Hunter levanta los ojos y se encuentra con la mirada de Liam. Por un momento, Chelsea contiene la respiración, temiendo otro estallido. Pero entonces Hunter asiente, una mirada de comprensión pasa entre los dos capitanes.

"El equipo, los aficionados, los medios de comunicación... todos quieren saber algo de ti", dice Hunter. "A veces siento que ni siquiera puedo tomarme una copa sin que alguien analice lo que significa para mi rendimiento en el juego".

A Liam se le escapa una risita. "Dímelo a mí. La semana pasada estornudé durante una entrevista, y de repente surgieron rumores de que me estaba enfermando de algo que podía poner en peligro nuestras posibilidades de jugar los playoffs".

Para sorpresa de todos, incluida la suya propia, Hunter suelta una breve carcajada. "Los fans, tío. Son otra cosa. ¿Recuerdas aquella vez que alguien intentó enviarte por correo sus calcetines de la suerte?"

Liam gime y sacude la cabeza. "No me lo recuerdes. Seguridad tuvo que poner en cuarentena mi correo durante una semana después de aquello".

Una vez roto el hielo, la conversación empieza a fluir con más naturalidad. Intercambian anécdotas sobre hinchas demasiado entusiastas, entrenadores autoritarios y los desafíos únicos que conlleva ser la cara de un equipo de hockey profesional.

"Es el peso de todo, ¿sabes?" dice Hunter, su voz adquiere un tono contemplativo. "Cada decisión que tomas, dentro y fuera del hielo, afecta a todo el equipo. Una mala decisión, un momento de duda, y puedes defraudar a todos".

Liam asiente con rotundidad. "Exactamente. Y esta rivalidad entre nuestros equipos, no me malinterpretes, es estupenda para el deporte, pero a veces..."

"A veces parece demasiado", termina Hunter, sorprendiéndose a sí mismo por la facilidad con la que está completando el pensamiento de Liam.

Chelsea observa asombrada cómo los dos hombres que más le importan en el mundo encuentran un inesperado terreno común. La hostilidad que había llenado el aire cuando se sentaron por primera vez se ha disipado, sustituida por una sensación de comprensión mutua.

Al final de la conversación, Chelsea siente que sus hombros se relajan. Sabe que aún queda mucho camino por recorrer. El dolor y la traición no desaparecerán de la noche a la mañana. Pero este momento de conexión, de experiencia compartida, es un comienzo.

Hunter mira su reloj, dándose cuenta de cuánto tiempo ha pasado. "Debería irme. Patinaje matutino en una hora".

Liam asiente y también se levanta. Hay un momento de incomodidad cuando ambos hombres se dan cuenta de que están a punto de separarse. Entonces, lentamente, Hunter extiende la mano.

"Buena charla, Eriksson", dice, con voz ronca pero sin el veneno de antes.

Liam coge la mano que le ofrece y la estrecha con firmeza. "Sí, fue inesperado pero bueno".

Al salir de la cafetería, Chelsea se permite respirar por primera vez en semanas. Aún quedan conversaciones por tener, confianza por reconstruir y emociones complicadas por atravesar. Pero este encuentro, esta rama de olivo extendida y aceptada, se siente como el primer paso real hacia la curación.

Hunter se detiene junto a su coche y mira a Chelsea y a Liam. Todavía hay vacilación en sus ojos, un dolor persistente, pero también algo nuevo: un atisbo de comprensión, tal vez incluso el comienzo de la aceptación.

"Hablaemos de todo más tarde, Chels", dice, con una voz más suave de lo que ha sido en semanas.

Chelsea asiente, luchando contra las lágrimas de alivio. "Gracias, Hunt. Por venir, por escuchar. Significa mucho".

Mientras Hunter se aleja, Chelsea se vuelve hacia Liam. Ambos comparten una mirada de cauteloso optimismo, conscientes del largo camino que les queda por recorrer, pero animados por este primer paso.

"Es un comienzo", dice Liam en voz baja, haciéndose eco de los pensamientos de Chelsea.

Ella asiente, dejándose inclinar ligeramente hacia él. "Un comienzo", está de acuerdo. Y por ahora, es suficiente.

## ♡ Capítulo 13 ♡

Unos días después, Chelsea entra en el apartamento de Hunter con una caja de pizza de la pizzería Antonio. El entorno familiar es a la vez reconfortante e inquietante cuando Hunter la sigue a la sala de estar, una mezcla caótica de equipos de hockey dispersos y papeles cubiertos de diagramas de juego. El televisor está en pausa en lo que parecen imágenes de un partido, la imagen congelada de los jugadores en plena acción es un testimonio silencioso de la dedicación de Hunter.

Deja la pizza en la mesita y aparta con cuidado una pila de libros de juego para hacer sitio. Al enderezarse, ve una foto enmarcada en la estantería: Hunter y ella en su primer partido profesional, ambos radiantes de orgullo y emoción. La imagen le produce una punzada en el pecho.

Hunter se aclara la garganta, atrayendo de nuevo la atención de Chelsea hacia él. Hace un gesto vago hacia el sofá y ambos se sientan, colocándose en extremos opuestos.

Chelsea respira hondo, con los ojos fijos en las manos que tiene apretadas sobre el regazo. "Sé que no hemos hablado de la aplicación de citas. Sólo quiero que sepas que lo siento mucho. Siempre he querido lo mejor para ti, Hunt. Tu felicidad, tu éxito... lo es todo para mí. Pensé que si podía encontrarte la novia perfecta, se solucionaría todo. Pero me equivoqué. Muy equivocado."

Mientras Chelsea habla, algo en la estoica fachada de Hunter empieza a resquebrajarse. Su mandíbula se aprieta, un músculo se tuerce en su mejilla mientras lucha por mantener la compostura.

De repente, interrumpe, con la voz cruda por la emoción contenida. "No lo entiendes, Chels. No se trata sólo de las citas. Es todo". Se pasa una mano por el pelo, con una frustración evidente en cada movimiento. "Todo el mundo espera que sea perfecta. En el hielo, en las entrevistas, en las relaciones. A veces es como si no pudiera respirar, ¿sabes? Como si diera un paso en falso y defraudara a todo el mundo".

Respirando hondo, Chelsea comparte algo que ha estado guardando desde su conversación con su madre. "Mamá me contó algo interesante sobre su época de patinadora artística. Se sentía igual que tú ahora, como si tuviera el peso del mundo sobre sus hombros".

Hunter levanta la vista, con un destello de sorpresa en los ojos. "¿Mamá? Pero ella siempre parecía tan... unida".

Chelsea asiente. "Eso es lo que yo pensaba también. Pero me habló de la presión, de la soledad, de cómo a veces sentía que se ahogaba en expectativas. ¿Y sabes qué la ayudó a superarlo?"

Hunter sacude la cabeza, totalmente comprometido ahora.

"La familia", dice Chelsea. "Saber que, pasara lo que pasara en el hielo, ganara o perdiera

medallas, tenía gente que la quería incondicionalmente. Ese era su ancla".

Aprieta suavemente el hombro de Hunter. "Metí la pata, tratando de microgestionar tu vida. Pero quiero que sepas que estoy aquí para ti. Siempre. No como casamentera o agente, sino como tu hermana. Tu mayor apoyo, pase lo que pase".

A medida que las palabras de Chelsea calan hondo, la tensión en la postura de Hunter empieza a relajarse. Por primera vez desde que ella llegó, un destello de la antigua calidez vuelve a sus ojos. No es perdón, todavía no, pero es un comienzo.

Hunter se echa hacia atrás en el sofá, con la mirada distante. "Sabes, a veces te envidio, Chels", dice suavemente. "Tu vida parece tan normal. No tienes cámaras siguiéndote, gente analizando cada uno de tus movimientos".

Chelsea escucha atentamente, dándose cuenta de cuánto de la vida de Hunter nunca ha entendido realmente. "Nunca supe que te sentías así", admite. "Siempre parecía tan glamuroso desde fuera".

Hunter suelta una risita amarga. "¿Glamuroso? Claro, a veces. Pero la mayoría de las veces me siento solo. Incluso en una habitación llena de gente, me siento como si estuviera en exhibición. Como si no pudiera ser yo mismo".

Cuando Hunter se abre, Chelsea siente una mezcla de culpa y profunda empatía. Ha estado tan centrada en lo que creía que Hunter necesitaba que nunca se paró a escuchar de verdad lo que él estaba experimentando.

La conversación se desplaza naturalmente a la relación de Chelsea con Liam.

"No voy a mentir, Chels. Cuando me enteré, me sentí traicionado. Como si hubieras elegido al enemigo antes que a mí". Hunter hace una pausa, respirando hondo. "Pero ese encuentro en la cafetería cambió las cosas. Liam no es lo que esperaba".

Chelsea contiene la respiración, casi sin atreverse a esperar. "¿En serio?"

Hunter asiente lentamente. "No es un mal tipo. Y he podido ver cómo te mira. No es sólo un juego para él".

Mientras siguen hablando, la tensión en la habitación se disipa poco a poco. Sin darse cuenta, Chelsea y Hunter caen en su viejo patrón de bromas entre hermanos. Es cómodo, familiar, como ponerse un jersey favorito.

"¿Recuerdas tu primera cita con como-se-llame? ¿Aquella en la que derramaste un plato entero de espaguetis sobre su vestido blanco?". bromea Chelsea, con un brillo travieso en los ojos.

Hunter gime, pero una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. "Oh Dios, no me lo recuerdes. Nunca lo olvidaré".

"¿Vivirlo? Estoy segura de que sigue siendo legendaria en la tradición familiar de los Mitchell", bromea Chelsea.

De repente, ambos ríen, el sonido llena el apartamento y elimina los últimos restos de incomodidad entre ellos. Es catártico, curativo, una liberación de semanas de emociones reprimidas.

Cuando se calman las risas, Hunter coge la pizza ya caliente. "Bueno, no podemos dejar que esta ofrenda de paz se desperdicie, ¿verdad?".

Chelsea sonríe y coge un trozo. "Por supuesto que no. La de Antonio semicaliente sigue siendo mejor que la mayoría de las pizzas calientes".

Comen en agradable silencio durante un momento antes de que Hunter vuelva a hablar. "Oye, ¿qué te parece si pronto tenemos un día de hermanos fuera? Como solíamos hacer, antes de que las cosas se volvieran tan locas. Sin hockey, sin dramas de citas, sólo nosotros".

Chelsea siente que el calor le recorre el pecho. "Me encantaría, Hunt. De verdad que me encantaría".

Al final de la velada, Chelsea se levanta para marcharse, sintiéndose más ligera que en semanas. Hunter la acompaña hasta la puerta, pero antes de que pueda salir, la abraza con fuerza.

"Te perdono, Chels", susurra, con la voz cargada de emoción. "Te quiero, hermanita. Siempre te he querido y siempre te querré".

Chelsea le devuelve el abrazo ferozmente, con lágrimas de alivio y alegría punzando en sus ojos. "Yo también te quiero, Hunt. Muchísimo".

Mientras camina por el pasillo, Chelsea no puede evitar que se le dibuje una sonrisa en la cara. Sale al aire fresco de la noche, con el corazón ligero. Saca su teléfono y envía un mensaje rápido a Liam: "Hablé con Hunter. Las cosas van mejor. ¿Te llamo mañana?".

Mientras espera una respuesta, Chelsea mira al cielo lleno de estrellas. Por primera vez en mucho tiempo, siente que todo podría salir bien después de todo.

## ♡ Capítulo 14 ♡

El rugido de la multitud envuelve a Chelsea cuando entra en el TD Garden, la atmósfera eléctrica se palpa incluso en la explanada. Sus manos tiemblan ligeramente mientras sujeta una bufanda Blizzard azul y blanca, un tejido suave y familiar contra su piel. Oculto en su bolsillo, un pequeño alfiler nórdico presiona su muslo, un talismán secreto que representa su corazón dividido.

Mientras se dirige a su asiento, Chelsea siente el peso del momento presionándola. No es sólo un partido de hockey; es la culminación de meses de confusión emocional, secretos y nuevos descubrimientos. Nunca ha habido tanto en juego, tanto dentro como fuera del hielo.

El estadio estalla en una cacofonía de vítores y pisotones cuando los equipos salen a patinar para el calentamiento. Los ojos de Chelsea se fijan inmediatamente en dos figuras: Hunter, cuyos movimientos son fluidos y decididos mientras dirige a los Blizzard sobre el hielo, y Liam, que luce una figura impresionante con su camiseta de los Nordics mientras dirige a su equipo en su rutina previa al partido.

Los dos hombres irradian una intensa concentración y sus expresiones son idénticas máscaras de determinación. Chelsea siente una oleada de orgullo mezclada con ansiedad. Quiere que ambos triunfen, pero sabe que eso es imposible en este juego de suma cero.

Cuando los equipos se alinean para el himno nacional, Chelsea se levanta con el resto de la multitud. Su corazón late tan fuerte que apenas puede oír la música por encima del torrente de sangre en sus oídos. Echa un vistazo a la sección familiar y ve a su madre, Izzy, tan elegante como siempre con una camiseta de Blizzard sobre una blusa de seda.

La cara de Izzy es un estudio de emociones contradictorias: orgullo por los logros de Hunter, nerviosismo por el resultado del partido y una mirada cómplice en dirección a Chelsea que dice mucho de sus recientes conversaciones íntimas.

Termina el himno y se hace el silencio en el estadio mientras los jugadores toman posiciones. Chelsea contiene la respiración, la tensión en el aire es tan densa que parece casi tangible.

El silbato del árbitro rompe el silencio y el disco cae. En un instante, el hielo estalla en acción. Hunter y Liam, como atraídos por una fuerza magnética, chocan inmediatamente en el centro del hielo. Sus palos de hockey conectan con un sonoro chasquido que resuena por todo el estadio, haciendo que Chelsea jadee involuntariamente.

El sonido parece resonar en sus huesos, una manifestación física del conflicto que se ha estado gestando durante meses. Mientras Hunter y Liam luchan por la posesión, con idénticas expresiones de feroz concentración en sus rostros, Chelsea se agarra a los brazos de su asiento.

Se da cuenta de que ha llegado el momento. El cara a cara final. No sólo por el campeonato, sino por todo lo que ha pasado entre ellos. Sea cual sea el resultado de este juego, nada volverá a ser lo mismo.

Chelsea respira hondo y se prepara para la montaña rusa emocional que le espera. Mientras el partido se desarrolla ante ella, espera en silencio que, cuando suene la bocina final, no sólo ponga fin a la temporada, sino que suponga un nuevo comienzo para todos ellos.

El primer periodo se desarrolla con una energía frenética, con ambos equipos intercambiando la posesión del balón y los errores. Los ojos de Chelsea recorren el hielo, siguiendo la trayectoria del disco y, al mismo tiempo, los movimientos de Hunter y Liam. La tensión en el estadio aumenta con cada minuto que pasa, y los aficionados de ambos bandos contienen la respiración.

De repente, a mitad del periodo, Liam se separa del grupo. Chelsea observa, con el corazón palpitante, cómo se abre paso entre la defensa de los Blizzard con elegante precisión. El tiempo parece ralentizarse cuando Liam se prepara para el disparo, y su bastón conecta con el disco en un movimiento borroso.

Suena la bocina y el disco pasa por encima del portero del Blizzard. La sección nórdica prorrumpe en vítores, mientras un gemido recorre la grada local. Chelsea se muerde el labio con fuerza, saboreando el sabor metálico de la sangre mientras reprime el impulso de vitorear. En lugar de eso, sus ojos encuentran a Hunter y observan cómo su mandíbula se endurece con renovada determinación. Reconoce esa mirada: es la misma que llevaba cuando era niño y se enfrentaba a retos aparentemente insuperables en la pista de patinaje del barrio.

En el segundo periodo se produce un cambio de ritmo. El Blizzard, espoleado por su público, monta una ofensiva implacable. Chelsea puede sentir la energía del estadio, una fuerza casi tangible que empuja al equipo hacia delante.

A pocos minutos del final del periodo, Hunter se hace con la posesión del disco. Chelsea se inclina hacia delante en su asiento, con la respiración entrecortada al ver a su hermano atravesar un mar de camisetas nórdicas. En un movimiento que parece desafiar a la física, Hunter se escapa de una defensa y lanza un disparo que pasa silbando por encima del guante extendido de Liam y se cuela en la red.

El Garden estalla. Chelsea se pone en pie y aplaude con el resto del público. Por un momento, olvida sus sentimientos encontrados y se deja llevar por la alegría de presenciar el triunfo de su hermano. Mientras Hunter es acosado por sus compañeros de equipo, Chelsea capta la mirada de Liam al otro lado del hielo. Hay frustración, sin duda, pero también un destello de respeto a regañadientes.

El tercer periodo comienza con una creciente expectación. Ambos equipos saben que el próximo gol podría decidir el partido. Chelsea observa, con los nervios a flor de piel, cómo el juego se vuelve cada vez más físico.

De repente, una defensa nórdica golpea a Hunter con una fuerza que rompe los huesos. El público jadea cuando Hunter cae con fuerza, deslizándose por el hielo. Chelsea se levanta en un instante, con el corazón en la garganta. Los segundos transcurren agonizantes mientras Hunter permanece inmóvil.

Finalmente, Hunter empieza a moverse lentamente. Se levanta, sacudiéndose al médico del

equipo que corre a su lado. Cuando recupera el equilibrio, tambaleándose ligeramente, se vuelve hacia la sección familiar. Chelsea siente que los ojos se le llenan de lágrimas de alivio cuando Hunter asiente con la cabeza.

Durante el siguiente tiempo muerto, Chelsea observa cómo el entrenador Shepherd reúne a los Blizzard en un apretado grupo. Incluso desde la distancia, puede ver la intensidad en sus gestos, la pasión en su expresión mientras pronuncia lo que debe ser una apasionada charla de ánimo. En el centro del grupo, Hunter asiente con la cabeza, su postura irradia determinación.

Cuando los jugadores se separan y vuelven al hielo con un propósito renovado, Chelsea respira hondo. El partido está lejos de terminar y sabe que tanto Hunter como Liam lo darán todo en estos últimos minutos. Sea cual sea el resultado, se da cuenta de que este partido pasará a los libros de historia, no sólo para los equipos, sino para su propia trayectoria personal.

Con una oración silenciosa por la seguridad y el éxito de ambos, Chelsea se prepara para lo que promete ser un intenso final de esta inolvidable temporada.

La tensión en el TD Garden alcanza su punto álgido a medida que avanza el reloj del partido. Los dedos de Chelsea se entumecen de tanto agarrarse al borde de su asiento mientras observa la frenética acción sobre el hielo. A falta de poco menos de dos minutos para el final, Liam se libera repentinamente, el disco baila en su palo mientras corre hacia la portería de los Blizzard.

Chelsea tiene la respiración entrecortada. El tiempo parece ralentizarse a medida que Liam se acerca, preparándose para lo que podría ser el tiro ganador del partido. Pero entonces, en una mancha azul y blanca, aparece Hunter. Con una zambullida perfectamente sincronizada, extiende su palo y logra desviar el disparo de Liam. El público ruge su aprobación mientras Chelsea deja escapar un suspiro tembloroso, con el corazón latiéndole con fuerza.

El último minuto de juego es un torbellino de acción, en el que ambos equipos luchan desesperadamente por la posesión. A escasos segundos del final, Ryan O'Connor se hace con el control del disco. Chelsea observa, paralizada, cómo los ojos de Ryan se cruzan con los de Hunter al otro lado del hielo. En un momento de perfecta sincronía, Ryan envía un pase láser directamente al stick de Hunter.

El estadio contiene la respiración cuando Hunter recibe el disco. Con un defensa encima, Hunter sólo tiene una fracción de segundo para actuar. Cada hora de entrenamiento, cada momento de dedicación culminan en este disparo.

El disco sale del palo de Hunter, un borrón negro sobre el hielo blanco. Sobrepasa el guante extendido del portero nórdico y golpea el fondo de la red justo cuando suena la bocina final.

Durante un instante, se hace el silencio. Entonces, el jardín estalla. Un muro de sonido se cierra sobre Chelsea, que se pone en pie de un salto, arrastrada por la ola de emoción. Una lluvia de confeti azul y blanco cae de las vigas mientras Hunter es acosado por sus compañeros de equipo y desaparece bajo un montón de jubilosos jugadores del Blizzard.

Chelsea aplaude, con lágrimas de alegría cayendo por su rostro. Pero incluso en este momento de triunfo, sus ojos buscan a Liam. Lo encuentra desplomado contra las tablas, con la decepción

grabada en cada línea de su cuerpo. Su corazón se compadece de él, aunque también se compadece de Hunter.

Cuando amaina el caos inicial, los equipos empiezan a alinearse para el tradicional apretón de manos posterior al partido. Chelsea observa atentamente, conteniendo la respiración, cómo Hunter y Liam se acercan en el centro del hielo.

El tiempo parece ralentizarse una vez más cuando los dos capitanes se encuentran. En lugar del apretón de manos superficial que Chelsea esperaba, Hunter y Liam hacen una pausa. Sus manos permanecen entrelazadas mientras intercambian palabras, sus expresiones cambian de la intensidad de la competición a algo más suave, más reflexivo.

Para asombro y alivio de Chelsea, ambos hombres sonríen. No es la cortesía forzada de los rivales, sino una expresión genuina de respeto y comprensión mutuos. En ese momento, Chelsea ve cómo la amargura y la ira que han caracterizado su relación durante tanto tiempo se desvanecen visiblemente.

Cuando Hunter y Liam se separan y regresan a sus respectivos equipos, Chelsea siente que se le quita un peso de encima. El partido ha terminado, sí, pero lo más importante es que los aspectos más feos de esta rivalidad parecen haber quedado atrás.

Chelsea se dirige a la zona familiar con el corazón henchido. Sabe que habrá celebraciones a las que asistir, entrevistas que superar y una larga noche por delante. Pero ahora mismo, lo único en lo que puede pensar es en abrazar a su hermano, felicitarle no sólo por la victoria, sino por la elegancia y deportividad que ha demostrado.

Y más tarde, cuando el caos se haya calmado, encontrará un momento tranquilo para llamar a Liam. Para ofrecerle consuelo, sí, pero también para compartir el nuevo entendimiento que parece haber florecido entre él y Hunter.

Al llegar a la zona de vestuarios, Chelsea respira hondo. Puede que la temporada haya terminado, pero tiene la sensación de que para todos ellos -Hunter, Liam y ella misma- el viaje más importante acaba de empezar.

## ♡ Capítulo 15 ♡

El gran salón de baile del Hotel Four Seasons palpita de energía, inundado en un mar de azul y blanco ventisca. Los candelabros de cristal proyectan un cálido resplandor sobre la multitud que celebra, y su luz brilla en el trofeo del campeonato recién ganado, que se exhibe en el centro de la sala. Chelsea entra en este torbellino de alegría y alivio, su vestido verde esmeralda contrasta con los colores del equipo que la rodea.

Se mueve entre la multitud, aceptando felicitaciones y devolviendo abrazos, mientras recorre la sala con la mirada. Los rostros que la rodean son un borrón de rasgos familiares retorcidos en expresiones de alegría desenfadada, pero busca a dos en particular.

Un toque en el codo la hace girarse y, de repente, Liam está allí. Está devastadoramente guapo con un traje de color carbón perfectamente entallado, la corbata nórdica aflojada lo suficiente como para insinuar la larga noche que le espera. En sus manos tiene dos vasos de agua.

"Pensé que necesitarías esto", le dice, ofreciéndole un vaso. Su voz es cálida, sin ningún atisbo de la amargura que ella temía tras la derrota de los nórdicos.

Cuando Chelsea coge la bebida, sus dedos se rozan. El contacto la hace sentir una chispa familiar, pero por primera vez no se aparta ni mira a su alrededor con culpabilidad. En lugar de eso, deja que su mano permanezca sobre la de él, saboreando el momento de conexión abierta.

"Gracias", murmura, sus ojos fijos en los de él. "Me alegro de que estés aquí".

La sonrisa de Liam es suave, teñida de algo que podría ser alivio. "No me lo perdería. Tu hermano jugó un partido increíble".

Al oír hablar de Hunter, Chelsea recorre instintivamente la sala con la mirada. Lo ve cerca de la barra, enfrascado en lo que parece ser una intensa conversación con una mujer llamativa que Chelsea no reconoce. La elegante americana de la desconocida y la grabadora que lleva en la mano la identifican como periodista, pero hay algo en el lenguaje corporal de Hunter que sugiere que se trata de algo más que una entrevista estándar después de un partido.

Hunter echa la cabeza hacia atrás riendo de verdad por algo que dice la mujer, y toda su cara se ilumina de una forma que Chelsea no había visto en mucho tiempo. Siente una oleada de curiosidad, teñida de esperanza.

"¿Quién está con Hunter?", le pregunta a Liam, señalando con la cabeza en su dirección.

Liam sigue su mirada, con una sonrisa de complicidad en la comisura de los labios. "Ah, esa es Olivia Pearson. Estrella emergente del periodismo deportivo. Conocida por sus preguntas afiladas y sus entrevistas sin prisioneros".

Chelsea levanta una ceja. "¿Y Hunter se está riendo?"

"Parece que sí", dice Liam con una risita. "Tal vez tu hermano por fin encontró a su pareja".

Antes de que Chelsea pueda responder, una voz ronca interrumpe la conversación. "Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?"

Se dan la vuelta y descubren al entrenador Shepherd de pie ante ellos, con sus pobladas cejas levantadas en una mezcla de sorpresa y diversión. Sus ojos pasan entre Chelsea y Liam, observando su proximidad y la facilidad con que se inclinan el uno hacia el otro.

Por un momento, Chelsea siente un destello del antiguo pánico. Pero entonces se endereza y se encuentra de frente con la mirada del entrenador. Para su sorpresa, el escepticismo en los ojos de Shepherd desaparece, sustituido por un brillo cómplice.

"Sabes", dice Shepherd, con la voz baja sólo para sus oídos, "tuve mis sospechas durante un tiempo. Me alegra ver que lo habéis solucionado". Le da una palmada en el hombro a Liam. "Eres un gran jugador, Eriksson. Nos diste una buena pelea".

Liam asiente, aceptando el cumplido con elegancia. "Gracias, señor. Ha sido un honor competir contra su equipo".

La mirada de Shepherd se desplaza hacia Chelsea, suavizándose aún más. "Y usted, señorita Mitchell. Ha sido buena para este equipo en más de un sentido. Mantén a ese hermano tuyo a raya, ¿quieres?"

Con eso, se aleja entre la multitud, dejando a Chelsea y Liam ligeramente aturdidos a su paso.

"Bueno", dice Liam después de un momento, "supongo que el gato está fuera de la bolsa".

Chelsea se ríe, el sonido brillante y libre. "Supongo que sí. ¿Sabes qué? Me alegro".

Como si fuera una señal, la multitud se separa y Hunter aparece ante ellos. Su medalla de campeón brilla alrededor de su cuello y sus mejillas están sonrojadas por la victoria.

"Chels", exclama y la abraza como un oso. Por encima de su hombro, mira a Liam a los ojos. Por un instante, Chelsea se tensa, viejos temores resurgen. Pero entonces Hunter le tiende la mano. "Eriksson. Me alegro de que hayas venido".

Liam estrecha la mano de Hunter con firmeza. "No me lo perdería. Enhorabuena por un partido bien jugado".

La sonrisa de Hunter se ensancha. "Gracias, tío. Oye, escucha. Algunos de nosotros vamos a ir a O'Malley's después de esto para una celebración no oficial. Vosotros dos deberíais venir".

Chelsea abre los ojos con sorpresa. "¿En serio?"

Hunter se encoge de hombros, su sonrisa se vuelve tímida. "Sí, bueno. La vida es demasiado corta para rivalidades fuera del hielo, ¿verdad?". Su mirada se desplaza a algo por encima del hombro de Chelsea, y su expresión se suaviza. "Tengo que volver con Olivia. Le prometí una exclusiva. ¿Nos vemos luego?"

Mientras Hunter se abre paso entre la multitud, Chelsea se vuelve hacia Liam, con el corazón más ligero que en meses. "Así que", dice, con un brillo travieso en los ojos. "¿Quieres tomar el aire?"

Liam se ríe y tira de ella para acercarla. "Claro".

Mientras se dirigen hacia el balcón, Chelsea ve su reflejo en una pared de espejos. Ella de verde, Liam con sus colores nórdicos, rodeados por un mar de azul ventisca y blanco. Es una imagen inverosímil, que habría parecido imposible hace sólo unos meses.

Pero cuando la mano de Liam encuentra la parte baja de su espalda, guiándola a través de la multitud, Chelsea se da cuenta de que esto -este amor hermoso, desordenado e inesperado- es exactamente donde ella está destinada a estar. El partido ha terminado, la temporada ha terminado, pero ¿su historia? No ha hecho más que empezar.

\*\*\*\*\*

Chelsea y Liam se abren paso de nuevo en la bulliciosa fiesta, con el fresco aire nocturno del balcón todavía pegado a la piel de Chelsea. Sus ojos encuentran a Hunter sin esfuerzo entre la multitud, atraídos por los gestos animados de su hermano mientras relata lo que debe ser una obra fundamental a una atenta Olivia Pearson.

"...y entonces O'Connor sale de la nada, como un tren de mercancías sobre el hielo", exclama Hunter, con las manos imitando el movimiento de los jugadores. "Sabía que tenía tal vez medio segundo para hacer el tiro".

Olivia asiente, sus ojos oscuros agudos con interés. "Increíble toma de decisiones en fracciones de segundo. ¿Cómo te preparas mentalmente para momentos así?"

Hunter hace una pausa, claramente impresionado por la profundidad de su pregunta. "Sabes, eso no es algo que nos pregunten a menudo. Se trata de la memoria muscular y confiar en sus instintos, pero también ... "

Chelsea observa, con una sonrisa en los labios, cómo Hunter profundiza en los aspectos psicológicos del juego. Olivia escucha atentamente, interviniendo de vez en cuando con preguntas complementarias que hacen que los ojos de Hunter se iluminen con renovado entusiasmo.

Una cálida presencia al lado de Chelsea llama su atención. Izzy ha aparecido, tan elegante como siempre con un vestido azul noche que brilla bajo las lámparas de araña.

"Vaya pareja, ¿verdad?" Izzy dice suavemente, asintiendo hacia Hunter y Olivia.

Chelsea se apoya en el abrazo de su madre mientras Izzy le rodea los hombros con un brazo. "Realmente lo son. Nunca he visto a Hunter tan comprometido con alguien fuera del hielo".

Izzy tararea en señal de acuerdo y se gira para mirar a Chelsea de frente. "Estoy muy orgullosa

de ti, cariño. De las dos". Sus ojos se empañan mientras acaricia la mejilla de Chelsea. "Las dos habéis crecido mucho con todo esto. Hunter en el hielo y fuera de él, y tú... bueno, mírate ahora".

Chelsea siente que se le hace un nudo en la garganta. "Gracias, mamá. No podría haber superado esto sin ti".

A medida que avanza la noche, la multitud empieza a disminuir. Chelsea se encuentra junto a Liam cerca de la salida, despidiéndose. Hunter se acerca con Olivia a su lado.

"¿O'Malley's?" Hunter pregunta, con el brazo sobre los hombros de Olivia.

Chelsea asiente, repentinamente abrumada por la emoción. Se adelanta y envuelve a Hunter en un fuerte abrazo. "Gracias", susurra ferozmente. "Por comprender, por darle una oportunidad a Liam. Por todo".

Hunter le aprieta la espalda. "Eso es lo que hace la familia, Chels. Lo resolvemos, juntos".

Mientras salen, Chelsea ve que Liam y Hunter intercambian un gesto de respeto mutuo. Es un pequeño gesto, pero dice mucho de lo lejos que han llegado.

Después, en la parte trasera de un taxi que la lleva a casa, Chelsea apoya la cabeza en el hombro de Liam. Las luces de la ciudad pasan borrosas por la ventanilla, un caleidoscopio de color y movimiento que coincide con el torbellino de emociones que lleva dentro.

"¿Un penique por tus pensamientos?" dice Liam, entrelazando sus dedos con los de ella.

Chelsea suelta una suave carcajada. "Estaba pensando... todo esto empezó porque intentaba hacer de casamentera para Hunter. Y ahora míranos".

Liam se ríe y le da un beso en la cabeza. "La flecha de Cupido se desvió un poco, ¿eh?".

"Más bien rebotó salvajemente", sonríe Chelsea. "Pero no cambiaría nada".

Mientras el taxi serpentea por las tranquilas calles, Chelsea se maravilla del viaje que la ha llevado a este momento. Sus intentos equivocados de gestionar la vida amorosa de Hunter la habían llevado de alguna manera a su propia felicidad inesperada. Más que eso, había dado paso a una nueva era de deportividad y entendimiento entre equipos rivales.

"Sabes", dice suavemente, "creo que podríamos haber cambiado el juego en más de un sentido".

El brazo de Liam la rodea con fuerza. "Creo que podrías tener razón. Dentro y fuera del hielo".

A medida que se acercan al apartamento de Chelsea, una sensación de paz se apodera de ella. Puede que la temporada haya terminado, pero su historia, esta hermosa, complicada y maravillosa historia, no ha hecho más que empezar. Y Chelsea no puede esperar a ver adónde la lleva.

También por Cassidy Berg

Navidad en Snow Falls

Complicaciones del Café de Navidad

Doble reserva

Más que un amigo invisible

Romance organizado

Demasiado tarde para el amor

Los 12 odios de la Navidad

Guardabosques Recluso

Mezcla de los 12 días de Navidad

Docena de fechas navideñas

Dos bichos navideños

Amor en Star Valley

Segunda oportunidad en el rancho

El conservador y la mixta

Otra oportunidad en el amor

Rumbo a casa

Chica Sundae

Corazones que curan

El camino hacia la eternidad

Amor en Jackson Hole

Desintoxicación digital

Refugio remoto

Love After Likes

Amor en Seattle

Volar hacia el amor  
Te encontré en mi memoria  
Tras las pistas del amor  
Tono de dos corazones

Magia helada

La cita del árbitro  
Comprobación cruzada Cupido

Una petición rápida del autor.

Si te ha gustado este libro, ¿podrías dejar una reseña allí donde busques recomendaciones de libros? En un mundo ajetreado y abarrotado, siempre nos viene bien un poco más de "dulzura" en nuestras vidas.

Leo todas y cada una de las reseñas. Gracias por compartir mi mundo conmigo.

**Hola lector,**

Espero que hayas disfrutado de nuestro conmovedor viaje al amor, al encanto navideño y a los momentos más dulces de la vida en mi última novela romántica. Si te han cautivado los personajes, la magia navideña y la alegría de los dulces, ¡tengo una deliciosa sorpresa para ti!

Tengo un cofre del tesoro lleno de dulces novelas románticas esperando a que te sumerjas en ellas. Cada libro es una escapada especial al mundo del amor y el romance, donde cada página es una celebración de momentos tiernos y finales felices. Mis historias son perfectas para esas tardes acogedoras en las que quieres acurrucarte con un buen libro, junto a tus dulces navideños favoritos.

Pero aún hay más para ti. Al unirse a mi exclusiva lista de correo electrónico, usted tendrá acceso a:

- **Acceso anticipado:** Serás el primero en enterarte de mis próximos lanzamientos. Echa un vistazo a mis nuevas historias antes de que salgan a la venta.
- **Contenido exclusivo:** Disfruta de historias cortas especiales, capítulos extra y contenido exclusivo que no encontrarás en ningún otro sitio.
- **Dulces sorpresas:** Espere sorpresas ocasionales como recetas navideñas, recomendaciones de libros y mucho más para alegrarle el día.

Me encantaría darte la bienvenida a nuestra comunidad de entusiastas del romance y ofrecerte estas fantásticas ventajas. Para empezar, visite [www.EntradaBooks.com](http://www.EntradaBooks.com) y suscríbese a mi boletín. Considere esta su invitación para estar entre los primeros en experimentar el próximo romance conmovedor de mi parte.

Gracias por elegirme como fuente de dulces romances. Espero compartir muchas más historias llenas de amor contigo.

Saludos cordiales y feliz lectura,  
Cassidy

## Cassidy Berg

Cassidy Berg es una cautivadora y dulce autora romántica que teje conmovedoras historias de amor, magia navideña y la dulzura de la vida. Su pasión por todo lo relacionado con la Navidad y los dulces es evidente en cada página de sus encantadoras novelas, lo que la convierte en una figura muy querida en el mundo de la ficción romántica sana.

Los escritos de Cassidy están impregnados del encanto de la Navidad. Cassidy cree en el poder de las fiestas navideñas para reparar corazones, reavivar el amor perdido y crear nuevos comienzos. Las historias de Cassidy transportan a los lectores a mundos en los que reina la magia de la Navidad, ya sea en el acogedor ambiente navideño de un pequeño pueblo o en un bullicioso paisaje urbano adornado con luces centelleantes.